LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

PRECIOS DE SUSCRICION.	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid.....	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias.....	40 id.	21 id.	11 id.
Portugal.....	8.400 reis.	4.300 reis.	2.300 reis.

AÑO XVI. — NÚM. III.

DIRECTOR-PROPIETARIO, D. ABELARDO DE CÁRLOS.

ADMINISTRACION, CARRETAS, 12, PRINCIPAL.

Madrid 16 de Enero de 1872.

PRECIOS DE SUSCRICION.	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba y Puerto-Rico.....	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Filipinas.....	15 id.	8 id.
En las demás Américas...	L. E.—3	L. E.—1-12/,

SUMARIO.

TEXTO.—Revista general, por el marqués de Valle-Alegre.—Recuerdos de la emigracion: Mi primer semana en París, por don Emilio Castelar.—José da Silva, Mendes Leal (apuntes biográficos), por L. de V.—Funerales oficiales en honra del general Prim.—Un escrito inédito de don Alberto Lista.—Escuadra combinada de Inglaterra.—El espíritu del siglo, novela (continuacion), por don Ramon de Navarrete.—Breve reseña histórica de Montevideo (continuacion), por don Miguel Lobo.—En el mar: El recuerdo de mi madre, poesía, por don Eduardo Bustillo.—Los viernes en Palacio.—La nieve en París.—Un crucifijo de Murillo.—Tipos portugueses: El vendedor de husos y ruecas.

GRABADOS.—Retrato del Excmo. señor don José da Silva, Mendes Leal, embajador de Portugal en España.—Madrid: Funerales oficiales en sufragio del alma del general Prim.—Los viernes en Palacio: La recepcion.—Inglaterra: Escuadra combinada en los mares de Europa.—París: Aspecto del Sena en los últimos dias de Diciembre.—Un crucifijo de Murillo, cuadro de la galería de don Francisco Brabo, de Buenos Aires.—Tipos portugueses: El vendedor de husos y ruecas.

REVISTA GENERAL.

SUMARIO.

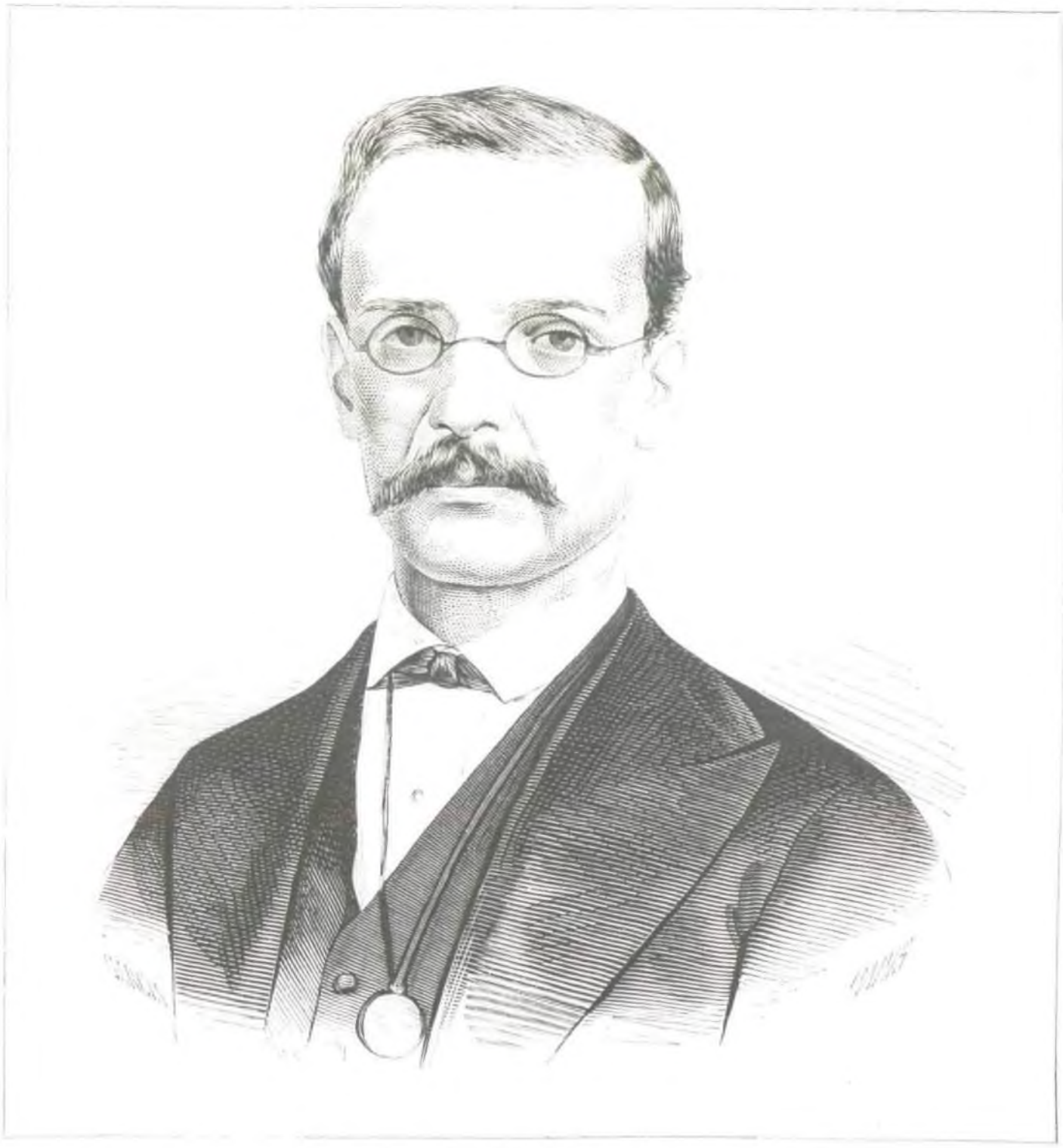
I. EXTERIOR.—Continúa la escasez de sucesos.—El Czar de Rusia y el presidente de la república de los Estados Unidos.—Obsequios al gran duque Alejo.—El *senecey* Adolfo Thiers.—Una frase de éste.—Las elecciones de París.—Víctor Hugo vencido y Vautrain vencedor.—Alfonso Karr, candidato á la diputacion.—Anécdota de otros tiempos.
II. INTERIOR.—La reunion de las Córtes.—¡Al fin!—La cuestion Concha.—Los gobernadores.—Sagasta jefe del partido conservador.—Crónica menuda.—Los toisones vacantes.—Los banquetes y las recepciones en Palacio.
III. TEATROS.—Circo.—Madl. Alicia y Mr. Cazeneuve, prestidigitadores.—ZARZUELA.—*Las colegiatas de Puerto Real.*
IV. SALONES.—Fiestas en todas partes.

I.

El año de 1872 no se muestra hasta ahora muy fecundo en acontecimientos notables.—En los dias que de él van trascurridos, la crónica no ha podido consignar ningun hecho importante ó trascendental.

Ni ha muerto personaje alguno célebre; ni ha ocurrido una sola crisis ministerial; ni aparece cercana la guerra entre las naciones europeas; ni los debates legislativos han presentado incidentes graves; ni, en fin, hemos tenido ni siquiera una mala revolucion.

Volvamos los ojos á Turquía:—la cuestion de Oriente, siempre pendiente sobre nuestras cabezas como la espada de Damocles, no ofrece por el momento un aspecto amenazador: la Rusia está *aux anges* con la acogida honorífica dispensada al gran duque Alejo en los Estados Unidos, y en señal de júbilo nombra á un



Excmo. Sr. D. José da Silva, Mendes Leal embajador de Portugal en España (pág. 39.)

amigo de Napoleon III su embajador cerca del reyezuelo llamado Adolfo Thiers.

Y ¡qué cara pondria el astuto anciano al tener noticia de la eleccion del príncipe Orloff para representar cerca de él al Czar!—Esto habrá disminuido un poco su satisfaccion por el triunfo logrado en Viena, donde el príncipe de Metternich ha sido *reemplazado*, en atencion á sus simpatías y conexiones con el destronado del 4 de Setiembre.

Todo el mundo se pregunta,—y nadie halla respuesta plausible,—de dónde proviene el ódio que Mr. Thiers profesa al vencido de Sedán. No será por la sinceridad de sus opiniones políticas, las cuales parecen oscilar desde un polo al opuesto; no será por el golpe de Estado del 2 de Diciembre, que no le perjudicó en sus intereses; no será por causas fútiles y livianas, indignas de un pequeño *grande hombre* como él...

La imaginacion se extravía en medio del cúmulo de suposiciones, más absurdas las unas que las otras, que la gente hace sobre el particular al advertir la aversion de ultra-tumba del presidente de la república francesa contra un adversario caido, ó,—segun él pretende,—muerto.

∴

Y á pesar de tales convicciones, su gobierno hace una guerra implacable al bonapartismo: envia un comisario especial á Córcega encargado de vigilar los gestos y movimientos del príncipe Napoleon; pide y obtiene el cambio de aquellos ministros extranjeros á quienes juzga amigos del emperador; suprime y persigue á los periódicos favorables á éste, y no omite medio, público ni privado, de demostrar que le inspira temor la actitud de los imperialistas.

Buena ocasion de repetir con Buffon que «la palabra le ha sido concedida al hombre para disimular su pensamiento.»

∴

Lo único que tiene importancia en la historia del año que principia, es la eleccion de un diputado por Paris, que ha impresionado tanto á aquel pueblo impresionable. A última hora quedaron frente á frente Víctor Hugo, que simboliza á los rojos, y Mr. Vautrain—¿quién lo dijera?—emblema de las ideas conservadoras.

Mr. Vautrain, republicano sincero, presidente del municipio parisiense, estaba patrocinado por monsieur Thiers, quien, segun una frase que se le atribuye, «si contase con muchos hombres como aquél, fundaria la república modelo.»

Ahora bien; ante la eventualidad de que saliese de las urnas el nombre de Víctor Hugo, las personas sensatas han dado sus votos á Mr. Vautrain, quien ha obtenido 121.158, contra 93.423 alcanzados por su ilustre competidor.

El número de electores que se han abstenido asciende á 276.000, lo cual ha hecho decir, no sin gracia, á un diario monárquico, que «la victoria pertenece á los *abstencionistas*.»

∴

A Víctor Hugo le han perjudicado tanto sus recuerdos de lo pasado, como sus debilidades en lo presente.

Los demagogos le acusan de aristócrata, y los aristócratas de demagogo.

Los unos recuerdan que fué el poeta de las testas coronadas, y que se llamaba el *vizconde Víctor Hugo*.

Los otros le echan en cara sus apostasías vergonzosas; sus abdicaciones ante las turbas, por las cuales se ha dejado imponer.

De modo que los demagogos y los hombres de órden han dejado de votarle por desconfianza:—porque recelan igualmente de él.

Esta derrota del autor de *Nótre Dame* y de *Angelo*, nos recuerda una historia que ha referido con oportunidad el famoso novelista Alfonso Karr, acerca de su candidatura á la diputacion en 1848. Nuestros lectores la verán sin duda con gusto. Dice así:

«Algunos habitantes del Havre me habian invitado á presentarme por el distrito del Sena inferior; y Lamartine me aconsejó que aceptase, en una carta que se hizo pública.

»Una pandilla de hombres apasionados trabajó contra mí en Buan, difundiendo clandestinamente el rumor de que yo poseia todas las cualidades necesarias para el alto cargo á que aspiraba, pero que—¡con cuánto dolor lo confesaban!—no tenia probabilidades de ser elegido en el Havre, al paso que MM. Morlot y Martinez obtendrian casi todos los sufragios.

»Existia ya á la sazon, cual hoy, un compromiso, un tráfico: formábase una lista comun, y se decia al grupo mas diligente: «Os daremos nuestros votos en favor de uno ó dos candidatos que designeis y que conocemos; en cambio, nos dareis los vuestros para nuestros amigos, que no teneis necesidad de conocer.»

»Una sola vez fui á Buan, citado por un club, para responder á dos acusaciones.

»La primera era:—Yo habia dicho que el sufragio universal, segun se organizaba, seria fácilmente corrompido: yo habia asegurado que se comprarian votos á tres francos cada uno.

»Respondí que, con efecto, en una ocasion usé semejante lenguaje; pero que lo sucedido modificaba mi opinion, puesto que la víspera, en presencia mia, habia visto vender un voto por un jarro de cerveza, lo cual rebajaba su precio á medio franco.

»Vociferaciones, tumulto.

»Segunda acusacion:—Yo escribí en *Las Abejas* que la madre del tirano—la duquesa de Orleans—me habia dado quinientos francos para las familias de los pescadores ahogados en Etretat; publicando este hecho en tono laudatorio y cortesano, despues de la partida de la familia de Orleans, y cuando ya estaba proclamada la república.

»Respuesta:—Recibí, en efecto, dicha suma de la duquesa de Orleans; no soy bastante rico para hacer tal limosna, y no soy tampoco suficientemente modesto para atribuirla á otro. En fin, me habria parecido una cobardía no dar un recibo público á la duquesa. ¿Debia no decir nada, y embolsarme el dinero?

»Murmullos, gritos, injurias.

»Entónces me levanté, y volviéndome hácia la muchedumbre, la dije:

»—Si es indispensable ser un bribon para tener la honra de representaros, buscad otro en mi lugar.»

Y Karr se retiró en medio de atronadores aplausos.

La historia—¿no le parece á los lectores?—es edificante y elocuente.—¡Cuántas análogas se podrian narrar en nuestro país!

Pero el poeta de *Los castigos* no habria tenido los escrúpulos de su amigo Alfonso Karr.

II.

¡Aleluya! ¡aleluya!—¡El señor Sagasta está ya bueno!—Pero ¡oh dolor! ¡El señor Malcampo ha enfermado!—El gabinete actual es verdaderamente un cuartel de inválidos. A eso, sin duda, se debe atribuir su falta de iniciativa y de actividad, porque los valetudinarios gustan de la quietud y del silencio.

Visto que la dolencia del presidente del Consejo se prolongaba; visto que se acercaba á todo correr la fecha tenida del 1.° de Febrero, en que, so pena de faltar al precepto constitucional, han de estar abiertas las Córtes, los demás ministros se juntaron en cónclave, y acordaron fijar el 22 del actual para congregar á sus caros colegas los diputados y senadores.

No hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague; y la víspera de la fiesta del glorioso San Ildefonso, patron del arzobispado, comparecerán ante aquel tribunal severo los culpables de haber aceptado el poder que les ofreciera el monarca.

Los aficionados á las emociones fuertes podrán disfrutar algunos buenos ratos durante la breve legislatura que comenzará el 22, y que podrá terminar acaso el 24, dia de Nuestra Señora de la Paz.—¡Terrible sarcasmo!

No queremos ser profetas de desventuras; mas dada la excitacion de los ánimos y la violencia de la pasion política, no aguardamos nada bueno de la reunion de los legisladores.

∴

¿Va el general Concha ó no á la Habana?—Los fronterizos dicen que sí; los sagastinos dicen que no.

Junto al lecho de dolor en que, no reposa, sino padece, el contraalmirante Malcampo, se ha tratado ámpliamente esta cuestion la noche del 11 de Enero. El Consejo duró tres horas, terminando sin que se hubiese resuelto nada.

El señor Topete se muestra cada dia más valiente y más enérgico: el señor Sagasta, por el contrario, parece haber perdido sus antiguos bríos, y lucha, pero débil, fria, flojamente. El triunfo—no lo ignora el antiguo director de *La Iberia*—es siempre del más perseverante; y con arreglo á esta máxima, es indudable que triunfará el activo marino, y que impondrá su voluntad al presidente y á sus compañeros.

Irá por tercera vez á Cuba el marqués de la Habana; serán nombrados gobernadores de provincia siete ú ocho fronterizos—en el número un redactor de *El Debate*, el señor Ferreras;—y despues será lo que Dios quiera.

Todavía resistirá el señor Sagasta, porque ¡teme tanto que le llamen reaccionario! Todavía querrá tremolar la vieja bandera progresista; pero al fin y al cabo sucumbirá, si no quiere que otro le arrebate el título que ódia y desea á un tiempo:—el de jefe del partido conservador.

∴

Escritas las líneas anteriores, la situacion política ha cambiado un tanto.—A los rumores de crisis ministerial que ayer á última hora circularon con insistencia, han sucedido mejores nuevas. La manzana de la discordia,—el nombramiento del general Concha,—ha desaparecido por el momento.—Un despacho telegráfico de Cuba anuncia que el caudillo rebelde Agramonte se ha presentado á las autoridades legítimas, acompañado de varias familias comprometidas tambien en la rebelion.

Así puede considerarse ésta como próxima á su término: y ¿no seria una ingratitud separar al conde de Balmaseda, que ha contribuido eficazmente á tal resultado?

Tirios y troyanos han estado conformes en el particular: Topete ha desistido de su idea fija; Sagasta ha aflojado en la cuestion de los gobernadores; y todo *conteati*... hasta otra, ó hasta la reapertura de las Córtes, ya tan cercana é inminente.

∴

Como crónica menuda, consignaremos que el duque y la duquesa de Fernan-Nuñez han comido ayer con don Amadeo y su esposa, y que al primero se le concederá, segun parece, uno de los tres toisones vacantes; dándosele otro al señor don Cirilo Alvarez, presidente del Tribunal Supremo de Justicia.

Continúan, pues, los banquetes y las recepciones de los viernes en Palacio, y los periódicos ministeriales tienen buen cuidado de enumerar todas las personas, más ó ménos notables, que á ellas concurren.

La nueva corte se forma lenta y dificilmente, y hasta el dia, doña María Victoria no cuenta sino con tres damas:—las duquesas de Tetuan y de Hornachuelos y la condesa de Ahaina, cada una de ellas retribuida con el sueldo de tres mil duros anuales.

Las duquesas de la Torre y de Prim son camareras mayores... honorarias.

III.

Nuestra revista de los teatros no puede ser hoy extensa, porque aquellos se muestran avaros de novedades.—El Español continúa explotando *El miedo guarda la viña*, proverbio del señor Blasco, quien ha sido feliz con su ligera y picaresca composicion, que le ha proporcionado numerosas y grandes entradas.

El jueves, el infatigable escritor ha reforzado el espectáculo, segun dicen los franceses, añadiendo una piececilla en un acto, titulada *La rabia*, que no agradó demasiado al público. Y sin embargo, contiene chistes abundantes, escenas cómicas, y ocurrencias oportunas; pero carece de interés y de novedad, dos elementos indispensables el uno ó el otro en la escena.

El Circo ha descubierto una mina, y se dispone á beneficiarla. Dos prestidigitadores, Mr. Cazeneuve y su esposa Mme. Alicia, han llegado á Madrid con poderosas recomendaciones.—Primero demostraron su habilidad en casa del conde de Larochefoucauld, segundo secretario de la embajada francesa, en una *soirée* celebrada la noche del dia de Reyes; despues han tenido la honra de ser recibidos en Palacio, y de trabajar en presencia de la real familia.

Todo esto les ha dado importancia y celebridad, y el jueves no se cabia en el ancharoso coliseo de la plaza del Rey.

¿Es más hábil Mr. Cazeneuve que el famoso Bosco, que el inolvidable Herman, que la simpática Benedetti, Anguinetti? ¿Puede prometerse igual resultado que los obtenidos por sus compañeros y antecesores? ¿*Chi lo sà?*

Mr. Cazeneuve es inteligente y gracioso; Mad. Alicia es bella, y el terreno estaba bien preparado en su favor, porque en Madrid hay mucha aficion á la *magia blanca*. Además, Mr. Cazeneuve apela al magnetismo y al espiritismo, y da cierto barniz de novedad á sus experimentos.

La enhorabuena al señor Catalina, que descansa de sus fatigas en una temporada de reposo, y obtendrá pingües ganancias, merced al matrimonio trasatlántico.

¿Hablaremos de *Las colegialas de Puerto Rico*, ópera hispano-italiana, representada recientemente en la calle de Jovellanos?—La música del maestro Usiglio lo merece; el libreto de los señores Retes y Echevarría mereceria pasar despercibido. En gracia á aquella, haremos mencion honorífica de esta obra, que ha sido escuchada con gusto, si no con entusiasmo.

IV.

Indudablemente la abundancia de saraos en el gran mundo perjudica á los coliseos, cuya concurrencia se resiente de ello en esta época del año.

Cada noche hay dos ó tres bailes aristocráticos; cada noche los aficionados á la danza grotesca se reunen tambien en Capellanes, en los Bufos Arderius, en veinte locales diferentes.

Y lo mismo los palcos que el paraiso se resienten de semejante culto á Tersícore, que les roba muchos de sus habituales huéspedes.

La semana anterior y la actual ha habido innumerables fiestas: el jueves en casa de los duques de Bailén; el viernes en la de los señores de Sancho; el sábado en la de Mistress Elfing; el domingo en la de la condesa del Montijo; el lunes en la legacion de la Gran Bretaña; el martes en el palacio de Fernan-Nuñez; el miércoles en el hotel de los marqueses de Bedmar...

Y nos detenemos aquí fatigados y rendidos, mientras los asistentes á todos esos salones y á muchos más descansan del sarao de la víspera en el del dia inmediato, y recobran las fuerzas perdidas paseando por la tarde en la Fuente Castellana.

Comprendemos en la juventud que resista á tales esfuerzos; pero ¿qué diremos de las madres y de las tias, condenadas á esa tortura moderna, sólo comparable á las más crueles de la antigüedad:—la tortura del cotillon?

∴

¿Por qué despues de hablar de los placeres y de las alegrías de la humanidad, hemos de tener que tornar la vista á sus penas y á sus dolores?

El que padece ahora el Director y propietario de LA ILUSTRACION es uno de esos que únicamente hallan consuelo en la religion; que sólo suaviza el tiempo.—El señor don Abelardo de Cárlos acaba de perder un hijo querido en la flor de su juventud; y á esta desgracia inesperada y tremenda no han sido insensibles sus muchos amigos ni sus numerosos suscritores. Unos y otros le han dado infinitos testimonios de simpatía y de interés, personalmente ó por cartas, que el afligido padre agradece más allá de toda espresion.

Seamos nosotros el órgano de su gratitud, que es tan profunda como sincero ha sido aquel noble tributo de aprecio y de verdadera amistad.

EL MARQUÉS DE VALLE-ALEGRE.

13 de Enero de 1872.

RECUERDOS DE LA EMIGRACION.

MI PRIMER SEMANA EN PARIS.

A. C. B. Y H.

Habana.

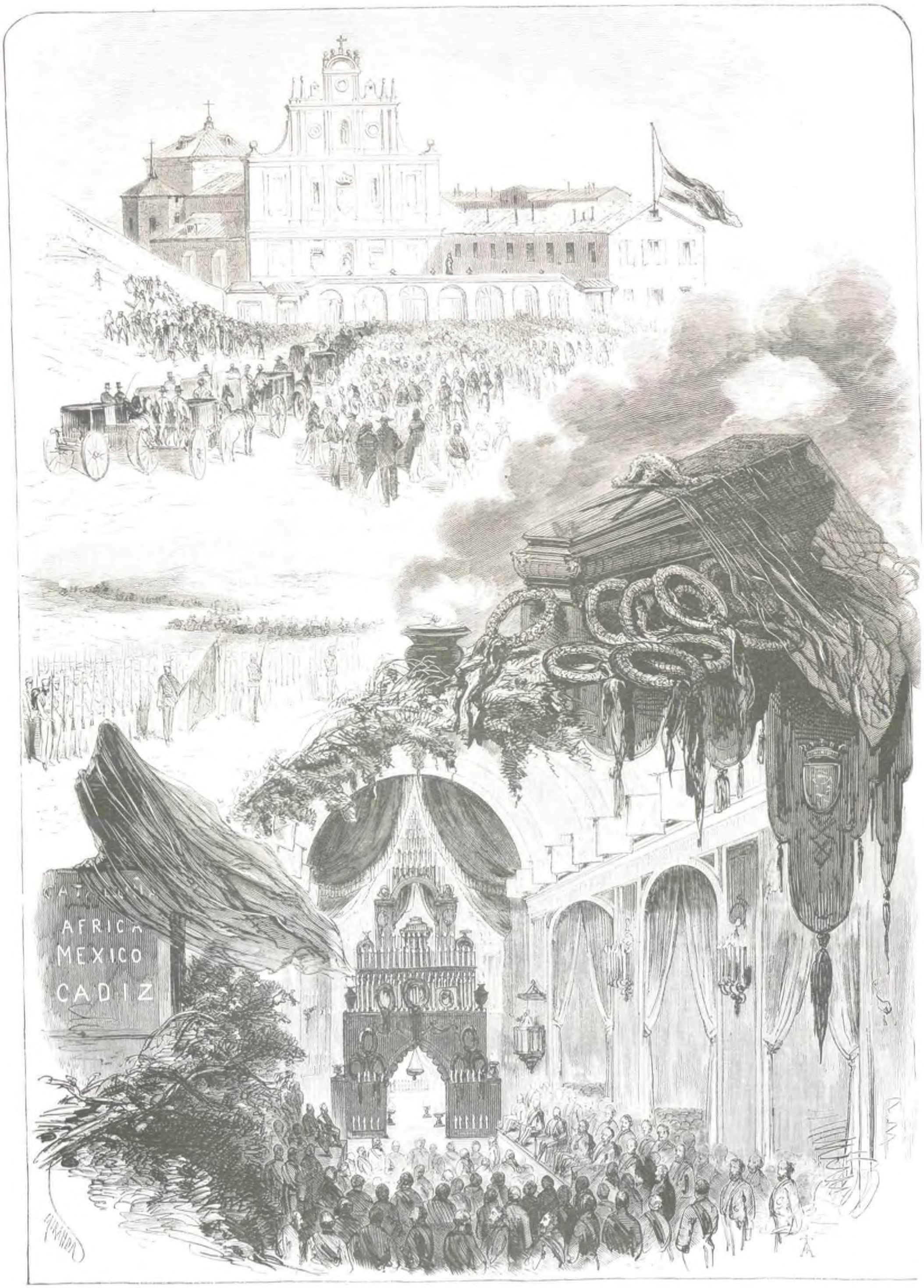
I.

Era un dia terrible de fines del siglo décimosexto. El hambre amontonaba en las calles de París cadáveres. La peste envenenaba los aires. Un héroe, que hoy está esculpido en bronce y montado á caballo, sobre el Puente Nuevo, dudaba entre su fé de hombre y su interés de rey. Por fin prevaleció éste, y alijurando las creencias de sus padres, dijo con sonrisa que ya anunciaba la sonrisa de Voltaire: París, ¡oh, París! bien vale una misa. Y la oyó. ¿No puedo yo decir que el París de hoy, el París de nuestros tiempos, vale una carta? Algo triste debe ser para un hijo de los Trópicos dejar su húmedo suelo sembrado de flores, sobre las cuales ha depositado luminosas gotas el rocío; despedirse de la luna y las estrellas de sus voluptuosas noches; no respirar las brisas que juegan entre los bosques de cañas y las flexibles y sonoras palmas; pero cuida de no morirte sobre esa tierra de la naturaleza virgen y exuberante, sin haber visto esta ciudad, la ciudad por excelencia de la civilizacion europea. Quizás, al pisar sus calles un tanto llenas de barro, al respirar su aire cargado de gases, al contemplar la negra agua que corre al pié de sus aceras, y el sudario de nubes que envuelve sus pesadas casas, todas de un mismo color, de papel de estraza, experimentarás la nostalgia incontrastable que todas las naturalezas meridionales sienten siempre en estas tierras del Norte, donde no se encuentra el sol, ni los aromas y colores que el sol esparce en los aires, ni las alegrías que esparce el sol en las almas. Pero una ciudad que ha conseguido ser la capital del género humano, y dictar por ende su lengua á todos los diplomáticos, y vestir á su manera á todas las señoras, y abrir carta de naturaleza en los anales de la humanidad á todas las ideas, y atraer á su cerebro los pensamientos del alma y á su corazon la sangre que discurre por el cuerpo del mundo civilizado: una ciudad, en la cual vivimos todos, como vivian los hombres de la tierra á la saz conocida, en la antigua Roma, bien merece que se emprenda por ella la peregrinacion moderna, la peregrinacion de los vapores, de las locomotoras y de los caminos de hierro.

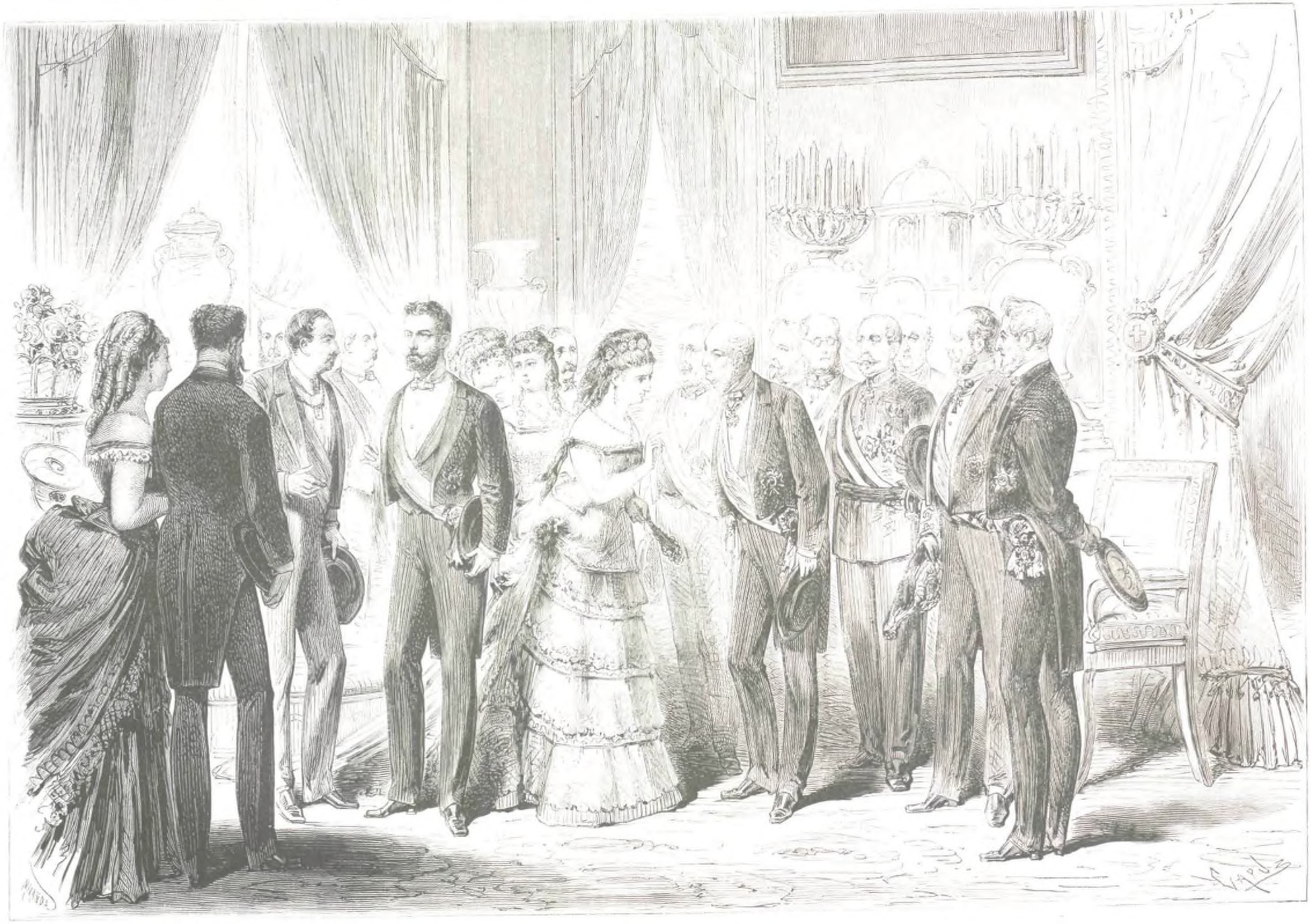
Convengo en que es muy difícil, á ménos de no expatriarse y venir á aumentar la cifra de los millares de sus ciudadanos, conocer lo que París tiene de más interesante, lo que tiene París de más bello: sus sensaciones de todos los dias, sus tipos célebres, sus artes, sus ensueños, sus costumbres, sus errores, sus enormes errores. La luz, que París despide, la recogen todos los hombres en el globo de sus ojos; y el pus que París destila mancha á todos los hombres en la frente. Yo no sabré á qué atribuirlo, si á su situacion geográfica, si al carácter de sus hijos, si á predileccion de la Providencia; pero las ideas no son universales en el mundo sino cuando Francia las acepta. Así en la historia moderna, España cree, Italia canta, Alemania piensa, Inglaterra trabaja, América construye una nueva sociedad. Pero Francia, sin inventar nada, reparte á los cuatro vientos, envia á todas las regiones las creencias de España, los cánticos de Italia, los pensamientos de Alemania, las obras de Inglaterra y los derechos de América. Recorred la lista de los grandes hombres franceses. El uno se llamará Carlo-Magno, el otro Abelardo, el otro San Bernardo, el otro Descastes, el otro Richelieu, el otro Voltaire, el otro Mirabeau, el otro Napoleon. Acaso no han inventado nada; pero cada uno de ellos es un siglo, y el espíritu de todos juntos forma como el espejo ustorio, donde se han concentrado los rayos despedidos por el calor de la vida. Si esto es Francia, París es casi casi toda la Francia. Y ya que no puedas venir, obra el milagro que no pudo obrar Mahoma. Un dia se encontraba el profeta delante de una montaña, á cierta distancia por supuesto. Montaña, ven á mí, dijo. En efecto; la montaña no se movió. Pues ya que la montaña no quiere venir á mí, yo iré á la montaña. Tal es el milagro de Mahoma. Ya, por la prensa, por la literatura, por el arte, por los figurines, por las revistas, puedes realizar el milagro que no realizó Mahoma; puedes llevar París á Cuba. Pero no te basta, y exiges una carta describiendo mis particulares impresiones. ¿Quién fuera capaz, no de pintarlo, porque se necesita para eso una superior paleta, llena de colores, sino de fotografiarlo! Basta ya de introduccion. Te creo convencido de que París bien vale una carta. Adelante.

Conviene, para conocer una época, como para conocer una ciudad, estudiar los gustos, las inclinaciones del pueblo. Las clases acomodadas, en la uniformidad de nuestra civilizacion, todas se parecen. Donde la monotonía de la vida se rompe, es en el pueblo, más adicto á sus viejas costumbres que los aristócratas, y sobre todo, que esos aristócratas recientes llamados clase media. Y fuerza es decirlo, si hemos de conocer al pueblo de París por la literatura más grata á su paladar: es un pueblo como el pueblo romano en los últimos dias del Imperio. Se siente que Roma envejece, que Roma chochea, cuando Roma gusta de las orgías de Heliogábalo, cuando Roma aspira en el Circo la sangre humeante de diez y siete mil gladiadores muertos en una tarde sobre la enrojecida arena. Entónces la literatura toma ese carácter de fuerza, de terror desnudo, de hiperbole que se toda en la literatura latina al espirar. Entónces los pueblos gustan de obrar como los *Thugs*, esos feroces hijos del Ganges, que roban, que estrangulan, que hasta devoran á sus víctimas. Todo el interés de tal libro está en las aventuras de veinte ó veintidos mil criminales; en un inmenso legajo de causas que *Le Petit Journal* vende al peso; tosco alimento de inteligencias depravadas. Y como el teatro, falto de mayores inspiraciones, se acoge á todo para buscar el éxito de dinero, los Thugs de París salen puestos en prosa y verso por un cronista del *Figaro* en el teatro de Variedades. Y son Thugs, son estranguladores los periodiquillos que se han distinguido entre los ochocientos publicados diariamente en París, por haberse tal vez arrastrado más ante el público: un muerto, un Barcambole, que resucita á cada momento como si tuviera cien vidas, los empresarios de los teatros y sus obras; el hijo de Dumas, que ha escrito una novela en la cual un escultor se casa con cierta jóven que conoció en un baile de máscaras, y luégo la mata; Emilio Girardin, que escribe artículos políticos para desarmar á los soldados, y artículos gastronómicos para armar á los cocineros; el príncipe Napoleon, que ha hecho una casa pompeyana, con un solo defecto, ser inhabitable; y á todos estos Thugs debe añadirse el autor, que estrangula el sentido comun; y áun el público, que le oye y le aplaude.

El dramaturgo preferido hoy por el público de París se llama Victoriano Sardou, y ha escrito una, ¿la llamaré comedia? ¿la llamaré drama? una obra que podia haber sido muy buena, si la forma estuviera á la altura de la idea, si estuviera el descarpeño en armonía con el pensamiento. Desde luego la casa es la letra inicial de una civilizacion, es el blason de un pueblo. Desde la habitacion troglodita, encerrada en el fondo de la tierra, donde el hombre primitivo huye de la luz y del aire, especie de feto que busca el abrigo del clásuro uterino, hasta la aguja gótica, calada, airosa, penetrando en lo infinito, hay una transfiguracion completa del espíritu humano, como desde la raiz escondida en las entrañas de la tierra hasta la flor que se mece en la copa del árbol, hay una transfiguracion progresiva de la vida vegetal. La Casa Nueva, esa casa gigantesca, pesada, sin arquitectura conocida, es todo el París de nuestro tiempo. Por fuera parece un cuartel; por dentro un *boudoir*, nombre casi intraducible á nuestra lengua, como no sea con el de camarin, ya anticuado, es decir, una especie de femenil jaula dorada. Pero Sardou no ha logrado escribir ni una comedia, una sátira en accion; ni una tragedia, una pasion en desgracia. Ha escrito una obra informe, intrincada, monstruosa, donde á una escena lánguida que se arrastra en el suelo pesadamente, sucede otra escena trágica, animada, pero sin alas, y por consiguiente sin vuelo, sin ese vuelo con el cual las obras de arte tocan en lo infinito y alcanzan la inmortalidad. Sardou es un autor mecánico más que un poeta; es una especie de trabajador más que un artista inspirado. Ligerísima reseña de la obra bastará para convencerte de esta gran verdad. Hay una vieja casa de comercio, donde habita una antigua familia, cuyo jefe es comerciante honrado, y cuyo nombre es *La Vieille Cocarde*. Pero en este respetable hogar se fastidian dos jóvenes sócios, sobrinos del anciano, marido y mujer, que quisieran una casa nueva, y en ella toda la vida espléndida del nuevo París. En el dia y hora en que se levanta el telon, concluye la sociedad, y los dos jóvenes deciden comprometer á su tio en la empresa de mudar la casa y de quitarle el nombre. Pero el tio se resiste, y los dos jóvenes abandonan la vieja casa y forman su nuevo nido. Allí se dan á todos los desvaríos del nuevo París, á las tertulias costosas, á las amistades peligrosísimas, á las cábalas mercantiles, á las jugadas de bolsa, á los bailes ruinosos, á los convites que van degenerando en orgías, á todos los escándalos de una vida sensual, olvidada de la estrella inmóvil de la verdadera vida, del ideal. Y la jóven casi se enamora de un vecino, y el jóven casi se enamora de una vecina. Sabido es que todos los casis son poco dignos del arte, la region de lo absoluto. Y en esto viene, en medio de un baile, toda una ruina; la bolsa que baja, los amigos que se van, los tapiceros que se llevan los muebles alquilados, el cajero que en una vuelta de un rigodon salta con la caja debajo del brazo hasta Lóndres. La jóven va á tocar al fondo del abismo. Está sola en su abandonado gabinete, y oye una música en el cuarto superior, en el cuarto de su rival; una música á cuyos compases danza su marido. Entónces se decide á citar al hombre que la galantea, á su vecino. Este entra. ¡Horror! Se halla borracho. Las ilusiones de aquella mujer caen delante de tan horrible espectáculo. Quiere separarse de aquel hombre; pero él quiere quedarse. Tiene en su bolsillo la carta de la cita, y puede perder á la infeliz mujer. Trata, pues, de arrancarle esa carta, y le da unas gotas de ópio á fin de dormirlo. El ópio procura algun consuelo al pobre ébrio, que febrilmente coge el vaso, lo apura, y cae muerto, como si lo hiriera un rayo. En aquel momento el marido llama á la puerta. Le sigue un escribano y un alguacil. Van á tratar asuntos mercantiles. La esposa tiene allí un amante que la acusa de adúltera á los ojos de su marido. La mujer tiene allí un cadáver que la acusa de homicida á los ojos de la justicia. No encuentra más que un recurso, interponer un sofá entre el cadáver y los que entran. La escena es terrible. Pero los oficiales de la justicia salen, y el marido, despues de algunos momentos de duda y de vacilacion, se va tambien por la escalera que le indica su mujer. Y aquí concluye la comedia, porque el muerto por el ópio es resucitado por el café. El arruinado se salva por su tio. La sobrina pródiga vuelve al viejo hogar. Y todos contentos, sí, todos, menos el público que silba. Mas ahora, cada noche, Victoriano Sardou va arreglando su comedia á medida que el público silba. Hay una escena dificultosa; se corta. Sentábase en los pasillos un vacío; se llena. Y así el público hace la obra, y el autor no pierde su dinero. *La casa nueva de Sardou* está de tal suerte remendada, que ya parece vieja.



MADRID.—Funerales oficiales en sufragio del alma del general Prim (pág. 39.)



MADRID.—Los viernes en Palacio.—La recepcion (pág. 47.)

París entero ha puesto en ella sus manos; los parisienses han sido los albañiles de este edificio, pero albañiles á cuyas órdenes se ha puesto el arquitecto.

Si quereis formar una idea de lo que es *La vida parisien*, segun aquellos que mejor la conocen, id al teatro de Palais-Royal. Allí la encontrareis puesta en música por Offenbach, un gran artista, que ántes hacia llorar al público con su violin, y ahora le hace reir con sus armonías. Bien es verdad que ántes podia llevar en su alma una corona de lágrimas, que sienta á las almas poéticas tan bien como á las flores la corona de rocío; y ahora puede llevar, segun le pagan, una pesada corona de oro, que sienta á las almas poéticas tan bien como á un Cristo un par de pistolas. Baste decir, que las representaciones de *La vida parisien* le valdrán diez mil duros. Offenbach es un aleman lleno de gracia y de talento, que ha dejado de cantar en los poéticos bosques de su patria, para venir á cantar en esta áurea jaula de París. La sociedad le estima. Cierto dia le convidaba un capitalista á comer, y al fin le ponia esta postdata: sobre todo, no olvideis el violin. A la hora de la cita entró un criado con una carta de Offenbach, que decia: yo no puedo ir; pero puesto que sobre todo deseais el violin, allí va. La música de *La vie parisienne* chispea ingenio. Pero el argumento, la letra, es deplorable. Un conde sueco, que llega del Norte con una mujer muy bonita. Un pisaverde francés, que se enamora en la estacion de la mujer, y hace creer al marido que su casa es el *Grand Hôtel*. Esto le obliga á tener mesa redonda, en la cual disfraza de señoritas á sus criadas y de general á su zapatero. Otro amigo suyo, que se llama almirante suizo, almirante de un país sin marina, da un baile al conde para lograr que el hostelero improvisado enamore á la condesa. En el baile dado en una casa del Faubourg Saint Germain, cuyos dueños están en el campo, se baila un cancan desenfrenado, esa danza incalificable, sin voluptuosidad á pesar de su desvergüenza, y sin gracia á pesar de su movimiento. El pisaverde, prendado de la condesa sueca, tiene que ir al bosque de Boulogne en la delantera del coche como un lacayo. Sus amigos que le ven, le siguen riéndose de su aventura. El conde manda que le lleven al Museo de Artillería para estudiar los adelantos de las armas, y le llevan á la *Meunière*, donde todo París se provee de cazuelas. El conde se admira de que el Museo de Artillería del país de Napoleon el Grande no guarde más que chismes de cocina. Por fin descubre en un baile de máscaras que todo ha sido una broma, y desafia al bromista. Un brasileño, vestido de gaucho, con su sombrero más grande que un sombrajo, propone desafio á navaja; pero intervienen las señoras, y todo se arregla en una escena, y todo concluye por un coro. ¿Qué os parece de esta fotografía de *La vida de París*?

Razon hay para escribir una sátira cruel contra este París que se revuelca en su cieno, como el hipopótamo en su lecho de fango. Cuando los pueblos olvidan los principios eternos de justicia, vienen naturalmente por una venganza suprema que la sociedad toma de los que pisotean sus leyes, tan reales como las leyes de la naturaleza, vienen esas épocas que Tácito ha condenado en sus sublimes páginas, y que Juvenal ha herido con su inmortal carcajada. Pero Tácito lo hacia en nombre de Caton, de Bruto, de Camilo, de Coriolano, de los héroes de la gran Roma. Mas Mr. Veuillot, que ha querido ser Tácito y Juvenal en una pieza, hiere la sociedad presente en nombre de una sociedad más gastada, en nombre de la vieja Francia, en nombre de Luis XV, de Madame Dubarri, del cardenal Dubois, ó á lo más de ciertos cortesanos de hábito negro, que se paseaban por Versalles bajo las maternales alas de Madame de Maintenon. Tácito y Juvenal eran grandes porque reivindicaban la sociedad del Foro y la tribuna de los Rostros.—¿Qué sociedad restableceria Veuillot, restableciendo la antigua Francia? La Bastilla y el Parque de los Ciervos. El remedio del publicista es peor que la enfermedad. Quiere purificar el aire de París abriendo todos sus sepulcros.

Más fácil me parece restaurar el romanticismo del año treinta, que la sociedad del siglo décimo-séptimo. Yo, que voy envejeciendo, he participado de la época romántica; he asistido á las luchas de esta escuela; *he considerado como propias sus derrotas*, y como propias he saboreado sus victorias. En vista de la decadencia universal del arte en nuestros dias, delante, por ejemplo, de la Casa Nueva, ¿quién no echa de ménos aquellas grandes tempestades románticas, á cuya siniestra luz se entrevéia la cima del mundo moral, lo sublime? Detesto el positivismo en el arte. Yo no dudo que para la vida es más grato un campo de trigo bien cultivado, que los despeñaderos de los Andes y de los Alpes. Mas para el arte no. Un jardin donde se cogen muy buenas gramíneas, no se puede comparar artísticamente con la cima nevada del Mont-Cenis ó del Mont-Blanch, donde sólo se cogen reumatismos. Yo saludo hoy dia á los grandes muertos de los tiempos del romanticismo, á los hijos del rey Lear y de Julietta y Romeo, á Fausto dentro de su laboratorio, suspenso entre la vida y la muerte, en aquel momento en que viene á reconciliarle con la naturaleza el tibio soplo de la primavera y el cántico de la Pascua; á Manfredo atormentado por pensamientos más impetuosos que la catarata á cuyo borde vive, y de más vuelo que sus compañeras las águilas; á don Cárlos en los sombríos muros del Escorial; á Tisbe transfigurada por el amor como la blanca niebleciila que el sol saca con sus besos de un lodazal; á Diego Marsilla muriendo con el corazon traspasado por una pasion infinita. Estas ruinas de mármol me gustan más que todas las estátuas de yeso que los empresarios de los teatros pasean hoy por los boulevares. Y por lo mismo admiro que en la *Conjuration de Amboise* haya arrojado un autor ilustre rico sudario de púrpura sobre el cadáver del romanticismo dramático. Pero ó yo me equivoco mucho, ó en los correctos versos de Boullé hay más del compas de Boileau que del fuego de Victor Hugo.

Y en las luchas del romanticismo no hay nadie, absolutamente nadie, capaz de olvidar el nombre de Augusto Vacquerie. Él puede decirse que escribió la Poética de la literatura romántica; él luchó en la vanguardia del grande ejército de la libertad en el arte, de aquel ejército, que asaltaba y pulverizaba la poética aristotélica, como tres siglos ántes asaltaron y pulverizaron los héroes del renacimiento su ciencia. Sentia con una pasion tal las indignaciones de su escuela, que llamaba á Raquel, porque representaba bien la tragedia, estátua inanimada; y á Alfredo de Musset, porque tenia algunas veleidades clásicas, Lady Byron. Un hombre así, necesariamente ha de ser más para el trabajo demoledor que para el trabajo creador. Sus obras son obras de polémica más bien que obras de arte. Sobre el tambor vibrante, entre el fuego del combate, oyendo el clarin ó tocándolo, no se puede escribir con la serenidad olímpica que necesita el génio, inmóvil en su trono de luz como un Dios. Su último drama, *Le Fils*, me parece una nueva tentativa para resucitar su escuela: tentativa en que se ha estrellado. La crítica francesa ha sido generalmente benévola con Augusto Vacquerie. Esto le honra. Las frentes todas se inclinan al ver pasar un viejo *caporal* del grande ejército. Detrás de Augusto Vacquerie se vislumbra el resplandor de la aureola de Victor Hugo, que brilla con luz más nueva en el destierro. Y sin embargo, fuerza es decir que hay una excepcion en esta general benevolencia: Julio Janin, que se ha ensañado con el drama y el autor. Ahora recuerdo una anécdota. Durante lo más tremendo de la lucha entre clásicos y románticos, escribió Vacquerie un drama que se llamaba *Tragaldabas*; un drama que fué silbado. Julio Janin llamaba siempre á Augusto Vacquerie, cuando de él escribia, Tragaldabas.—Parece que quiere introducir un crítico la moda de que nos llamemos por los nombres de nuestras obras más conocidas, le contestó Vacquerie.—Sea en buen hora; ya que Julio Janin me llama á mi Tragaldabas, yo desde hoy llamaré á Julio Janin el Asno Muerto.

Una obra verdaderamente romántica es el *Freischutz* de Weber, que se canta ahora en el teatro Lírico. Allí se ve el crímen trágico, el castigo redentor, la naturaleza en toda su fecundidad, el mundo sobrenatural en toda su inconmensurable magnitud; junto á la cancion amenaza el estertor diabólico, junto á la [illegible] la epopeya; la vírgen á cuyos piés se abren las rosas; la doncella enamorada que fija sus ojos en el cielo y el pensamiento en su amado; el eremitaño que perdona en nombre de Dios; el amor que lo ilumina todo, que lo vivifica todo como la luz del mundo moral. Siempre que oigo esa música de Weber, que huele como las Églogas de Virgilio á tomillo, esa música que parece repetir el rumor de las selvas y de las fuentes cuando quiere encerrarse en los límites de la belleza, y las armonías de los mundos cuando se levanta á lo sublime, creo que el arte es un mago capaz de rasgar el espeso velo que oculta á nuestros ojos la esencia de las cosas, y aun de llevarnos en sus potentes alas hasta lo infinito á mojar nuestros secos labios en las fuentes de la vida, donde se abreva el universo. Mientras oigo esas sublimes armonías, murmuro involuntariamente: divino genio, creo como los antiguos en tu poder sobrenatural. Confieso que no me sucede lo mismo cuando oigo la música de Mr. Thomás. Es agradable, es graciosa, alguna vez melancólica, nada más. Se parece un tanto á la música de Mercadante: mucho contrapunto, poca inspiracion. La Mignon merecia algo más; aquella pobre jóven, vestida de muchacho, que desde el fondo de Italia, de la tierra donde crece la adelfa, y el azahar huele; de las orillas del Mediterráneo recamadas de brillantes por los rayos del sol, se va á pié, cantando de dia y de noche para ganarse el sustento, hasta la sombría Alemania, en pos de su amante.

A los más altos sentimientos, á las más sublimes ideas ha prestado Mr. Bujeaud un gran servicio reuniendo los cantos populares del Oeste. Cuando Chateaubriand vió la catedral de Búrgos, dijo que su hermosura le recordaba la proximidad á Francia. ¡Con cuánta más razon podré yo decir al leer estos bellísimos cantos, que se conoce que han nacido cerca, muy cerca de nuestro cielo de España! ¡Qué melancolía! ¡Qué belleza! ¡Qué perfeccion en las formas! ¡Qué dolor tan profundo en el fondo! Algunos son verdaderos romances. Un marino vuelve de larga campaña y de luengas tierras, y al pisar la tierra patria, se acerca á una choza y pide un vaso de vino. Sale una campesina y le da el vino; pero se conturba y llora.—¿Qué teneis? ¿Lloraís por vuestro vino?—¡Oh! No lloro por mi vino; lloro por mi marido, que todo se me parecia.—Decidme, hermosa, cuando se partió teníais tres hijos; ¿cómo ahora teneis seis?—Pedí de él noticias; me dijeron que se habia muerto, y me he vuelto á casar. El marino vació su vaso sin dar las gracias y sollozando se volvió al regimiento. Es sublime esta resignacion, tan lacónicamente pintada. Veamos otro romance. Es el tiempo de las guerras civiles. Juan Reinaud entra en su casa herido mortalmente. Su mujer acaba de parir un hijo.—Madre mia, hacedme la cama quedito para que mi mujer no lo oiga. Pero el último grito de su agonía, que no puede reprimir, llega hasta la recien-parida.—Decidme, madre mia, pregunta esta: ¿quién grita?—Los niños.—¿Quién se mueve arriba?—El carpintero que arregla el techo.—¿Quién canta?—La procesion que pasa.—Pero decidme, madre mia: ¿por qué llorais?—Hija mia, no te lo puedo ocultar: Juan Reinaud ha muerto.—Madre, decid al sepulturero que cave la fosa para dos, y que sea muy honda para que tambien quepa el niño. Ahí ahí el verdadero arte, el arte inspirado en las grandes ideas. ¡Cuán superior es la poesía que nace primitivamente del pueblo, en los campos, en las calles, al calor del sol y al eco de las olas, que la poesía calentada en las estufas académicas!

Superior es ciertamente el servicio prestado por el literato que ha recogido los cantares del pueblo al servicio del literato, que en un libro ha intentado rehabilitar á Neron. Yo concibo todavía que haya quien le perdone á Neron su ingratitud con Séneca, su parricidio, sus cenas, en que envenenaba con el veneno de Locusta á sus convidados, porque Neron sabia tañer la cítara, recitar versos, manejar la cuadriga y el arco, representar como un consumado actor en el teatro, y hasta trazar un cuadro de colorido tan sublime como el incendio de la Vieja Roma. Toda licencia le es permitida á los poetas. Pero rehabilitar á Neron por economista es una idea bien bizarra. No es ménos la de resucitar al Mosquetero que ha tenido Alejandro Dumas. ¡Qué mal hacen ciertos hombres como Dumas, como Lamartine, escribiendo en sus últimos dias, á la luz casi extinguida de su antiguo genio! Sólo á ciertas poderosas naturalezas como Miguel Angel, como Cervantes, como Goëthe, les ha sido posible tener la mano bastante segura para no hacer temblar su cincel en los últimos instantes de su vida. Dumas ha muerto como ha muerto Lamartine. Para ellos ha comenzado ya la posteridad, única que podrá medir todo su ingenio y apreciar todos sus servicios. No pertenezco al número de los que denigran al autor del Monte-Cristo. Este grande improvisador tiene genio.

Sin embargo, la posteridad, solamente la posteridad, guarda sus fallos definitivos sobre el genio. ¡Cuántas veces, en Occidente, se ha olvidado que existia Beethoven, que existia Mozart, que existian estos grandes genios de la música! Parecian astros eclipsados. Y sin embargo, yo he visto, lo mismo en Madrid que en París, un público ansioso, anhelante, escuchando esas cadencias que exhalan unos violines, cuyo principal motor, el genio que ha compuesto sus armonías, yace en el sepulcro. Para resucitar estos genios de la música se ha fundado el Ateneo en París, una sociedad donde alternan los conciertos con las lecciones. Allí hemos oido á Joachim, á este gran violinista, que con su arco se ha conquistado sólida celebridad. Allí hemos oido esas deliciosas armonías de los inmortales compositores, esas escalas, por las que sube el alma á lo infinito. Donde quiera que veo, que oigo, que siento algo grande, me inclino siempre con admiracion, con entusiasmo. Y grande me parece la fiesta de la industria que se prepara en el Campo de Marte. Durante la revolucion, allí se abrazaban los soldados para pelear por

la patria. Ahora los soldados del trabajo formarán allí, sobre aquella tierra empapada con la sangre de tantos ilustres mártires, la sublime confederacion del trabajo. El otro dia contemplaba yo el templo de la industria, que se levanta con una ambicion semejante á la ambicion de los obreros de la Torre de Babel. Delante el Sena, que se tuerce allí como si pudiera abrazarlo. A la derecha, un ejército de trabajadores que materialmente demuele una montaña. A la izquierda París. En medio aquel círculo inmenso, á cuyo alrededor se alzan edificios de todas las épocas y de todas las arquitecturas, improvisados como por ensalmo. A lo léjos una nube de humo que exhalan millares de fábricas. Dios quiera que las ilusiones de los parisienses no se desvanezcan como ese humo. Pero esos palacios, esos cuarteles me anuncian que allí el cesarismo son sus pretorianos; y el cesarismo y sus pretorianos me anuncian la desolacion de la guera.

EMILIO CASTELAR.

JOSÉ DA SILVA, MENDES LEAL,

ACTUAL MINISTRO PLENIPOTENCIARIO DE PORTUGAL, EN MADRID.

Almeida Garret creó la escuela moderna del drama en Portugal, con sus renombradas obras, *ó Auto de Gil Vicente* y *Fr. Luis de Sousa*. Esta última especialmente, tiene toda la valentía de las tragedias de Sófocles, toda la correccion y verdad de los dramas de Zorrilla: es además una corona elegíaca de laureles inmarcesibles, un tesoro de pensamientos originales, elevados como el vuelo del condor del Chimborazo, bastante por sí sólo para inmortalizar á Garret.

Viéronse entónces aparecer genios como Mendes Leal, con sus *Dois Renegados*, drama de vastas proporciones, gigante como el estro del cantor da *Visão de Ezechiel*.

Este fué su estreno, en el templo de Talía, y de cierto que otro más presumido que él, se hubiera turbado con la ovacion que recibió de un público y de una prensa admirada de los *Dois Renegados*.

A esta obra siguieron otras no ménos dignas de aprecio, alternando á la vez con la novela, y la política á veces, creando siempre tipos admirables de lo bello, con la pompa y colorido de una imaginacion fecunda.

De una fantasía pródiga, como la de Arnao, recorrió en poco tiempo todo el diapason de la literatura: y ora se parecia á Balzac, en sus interpretaciones fisiológicas; ora á Chateaubriand, en sus tiernas meditaciones; ora á Walter Scott, en las particularidades de la vida doméstica, en las tendencias independientes de su espíritu nacional, típico, arrogante.

Pero á pesar de estas cualidades inapreciables, no dejó de inclinarse al exagerado romanticismo francés, delirando con Victor Hugo, con Delavigne, con Janin, autores predilectos de Francia en Portugal, y á los que han imitado muchos escritores lusitanos.

Empero, ¿quién no ve en los primeros trabajos de Mendes Leal la valentía de un genio superior, que no necesita de más colores que los destellos de su fértil imaginacion?

Más poeta que prosista; mejor dicho, más versificador que prosador (permítasenos la figura), invadió todos los tonos con su musa rica en imágenes y colores; pero en ninguno descolló como en el lírico, de que tiene composiciones inmortales.

Las poesías de Mendes Leal se dividen en *Meditações religiosas*, *Contos heróicos*, *Paixão é sentimento*: tambien cultivó la sátira política con tanta gracia como Villergas; pero este género requiere más ira que belleza, y el poeta portugués es demasiado dulce para ser epigramático.

Su primer himno religioso es la *Resurreccion de Jesucristo*, en verso endecasílabo, escrito en 1842.

Lucha en esta produccion con el canto de Manzoni al mismo asunto, á quien eclipsa, y cuya composicion le aseguró desde luego su futuro de gloria.

Manzoni abre la primera estrofa, por una interrogacion:

E risorto: or come á morte
la sua preda furitolta?
Como la vinte l'atre porte
Como é salvo un altra volta
queiche giecque inforza altresi?

Y el poeta portugués, dice Rebello da Silva, se encierra en el templo, y principia describiendo el terror santo y la oscuridad apenas cortada por la agonizante lámpara que:

En súbitos clarões intermitentes,
quasi finge suspiro derradeiro
d'homem quo vae morrer...

Ha escrito muchas comedias de costumbres y algunas novelas, entre éstas *Don Pedro y Don Juan de Carrajal*, de cuyo asunto hemos compuesto nosotros un drama en Rio Janeiro, que nos valió el diploma de sócio de aquel *Conservatorio dramático*.

João de Lemos, él y Castilho, el ciego, son los poetas de más recursos de imaginacion que hoy cuenta Portugal.

Lemos no tiene igual en la ternura y sencillez: Leal es el único quizás, hoy por hoy, despues de Castilho y Camilo Castello-Branco, que pueda disponerse, con probabilidades de buen éxito, á componer un poema como cualquiera de los más celebrados.

Cantando á la hermosa Italia, dice con inimitable amargura:

Pobre Italia tão bella é tão triste,
no teu vasto florido jardim!...
Foste ingrata á fortuna! Caiste!
Mas á queda d'um povo tem fim.

Estos versos revelan tanta fé en los destinos del más grande de los pueblos, como aquel final de cierta historia romana, refiriéndose á la capital del mundo cristiano:

Capitoli immobile saxum!

Mendes Leal es hijo de una familia ilustre de Peñafiel.

Fueron tios suyos los autores de la *Biblioteca Lusitana*, del *Catálogo de las Reinas portuguesas* y de la *Historia Sebástica*.

Fué bibliotecario de la Biblioteca Nacional (pública) de Lisboa, en la que introdujo notables mejoras.

Es secretario de la clase de ciencias morales y políticas de la Academia de Lisboa, de la Sociedad de antigüedades del Norte de Copenhague, de la Sociedad Real de Lóndres, del Instituto geográfico de París, y de otras varias del Brasil, Portugal é Italia, por su gran mérito literario y sus dotes políticas y morales de primer órden. A estas prendas debió su elevacion al ministerio de Marina de su patria, en el que estuvo desde el 12 de Febrero de 1861, hasta el 12 de Diciembre de 1864; dejando de serlo él solo, entre sus colegas, por cuestiones de delicadeza que le honran. En aquel departamento, aunque no marino de profesion, si bien hiciera sus primeros estudios como tal, obteniendo el grado de guardia marina, hizo como Molins y Ulloa en España: sobrepujar á otros que tenian la profesion de marino, y desempeñar su secretaría, con un celo y actividad superiores á todo elogio.

El carácter del señor Mendes Leal es dulce y apacible: distínguese, como todos los hombres públicos de Portugal, por sus maneras corteses y la atencion que presta á cuantos tienen necesidad de sus explicaciones y servicios oficiales; lo que unido á la probidad con que desempeña lealmente sus atribuciones, hace de él su mejor alabanza.

Felicitamos cordialmente al Cuerpo diplomático extranjero de Madrid por la presencia del señor Mendes Leal entre cuerpo tan distinguido, y en especialidad á los poetas y literatos hispano-lusitanos, cuya union fraternal es ya un hecho consumado desde los más remotos tiempos de nuestra historia peninsular.

L. DE V.

FUNERALES OFICIALES

EN HONRA DEL GENERAL PRIM.

No obstante las exequias fúnebres que mandó celebrar en la basílica de Atocha la ilustre viuda del general Prim, en el dia aniversario de la muerte de este malogrado caudillo,—y de cuyo acto nos hemos ocupado, como recordarán nuestros lectores, en el número anterior,—el gobierno de S. M. habia dispuesto de real órden que se celebrasen tambien, y en la misma basílica, otros suntuosos funerales, en la mañana del 7, en nombre de la nacion, por el alma del finado.

Fué necesario rectificar; porque el ritual eclesiástico prohibe que se digan cantos fúnebres en la iglesia durante la octava de la Epifanía, y de aquí nació una cuestion, segun de público se decia, que el gobierno supo cortar por lo sano, disponiendo que las exequias anunciadas para el dia 7 se verificaran el dia 4.

Efectivamente; y se verificaron con tanta suntuosidad y pompa, que el pueblo de Madrid no recuerda haberlas presenciado semejantes desde hace muchos años.

Presidió S. M. el rey, rodeado de los ministros (excepcion hecha del presidente del Consejo, señor Sagasta, que estaba enfermo) y de todos los generales y oficiales que forman su cuarto militar; comisiones del Congreso y del Senado estaban presentes, y otras del Consejo de Estado, de la Diputacion provincial, del Ayuntamiento, de los Tribunales Supremos, de todas las corporaciones, en fin, que tienen su residencia en la corte, sin exceptuar los voluntarios de la Libertad.

Vimos tambien en una tribuna á varios individuos del Cuerpo diplomático, y en otra asistian al solemne acto algunos redactores de los principales periódicos de Madrid, y corresponsales de varios de provincias, y áun del extranjero; mas se notó la ausencia de los jefes del partido radical.

Estaba la iglesia adornada severamente con grandes colgaduras negras; en el centro de la misma se elevaba un alto y magnífico catafalco, y multitud de luces llenaba de claridad el ámbito del espacioso templo.

Cantóse la misa de *Requiem*, del maestro Eslava, y tomaron parte en la ejecucion los artistas del teatro nacional de la Opera, señora Ortolani y señores Tiberini y Petit, que desempeñaron su difícil cometido con esa afinacion y maestría que les ha valido tantos aplausos en el coliseo de la plaza de Oriente.

Una bellísima corona lucia sobre un almohadon morado, cerca del catafalco; componíase de flores de plata y oro enlazadas y formando círculo, cerrado en la parte superior con un grupo de pensamientos; las caídas eran de anchas cintas de terciopelo y gasa, con finísimos flecos y borlas de oro, y la dedicatoria decia así:—«A LA MEMORIA DEL GENERAL PRIM, EL CONSEJO DE MINISTROS.»

A las dos de la tarde habia terminado el acto, que comenzó á las once.

El grabado de la pág. 36 viene á ser, como verán nuestros lectores, un diseño alegórico de los funerales que acabamos de reseñar concisamente, y el cual abunda en curiosos detalles que hacen innecesaria toda explicacion por nuestra parte.

UN ESCRITO INÉDITO

DE DON ALBERTO LISTA.

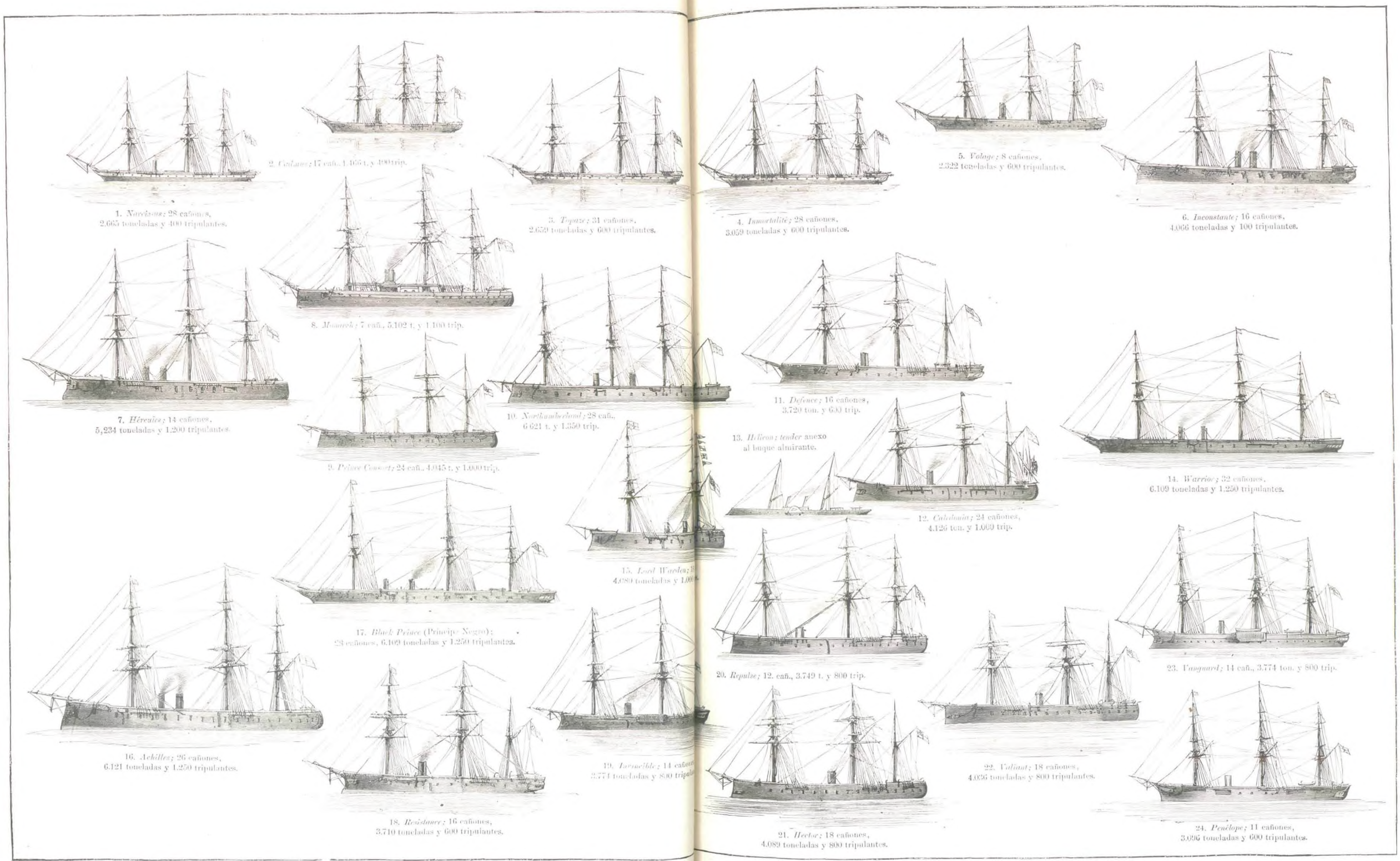
El autógrafo de este precioso escrito (precioso por su mérito y por el ilustre nombre que le suscribe), se encuentra en poder de uno de los hijos del célebre comentador del *Quijote*, el señor don Cipriano María Clemencin, que ha tenido la bondad de franqueárnoslo para honrar con él las columnas de nuestro periódico. Como en el mismo se lee, este docto trabajo del señor Lista estaba destinado á formar parte de un sétimo y último tomo del *Quijote* comentado, que los aficionados echan muy de ménos, y que en la mente de los hijos del señor Clemencin debia contener, entre otras importantes ilustraciones, el catálogo de la riquísima biblioteca caballeresca que poseyó su tan querido padre, en la que se incluia la del héroe manchego, tal cual se describe en el famoso capítulo del escrutinio. De desear sería que tan excelente proyecto se llevase pronto á ejecucion.

La amistad que me unia al señor Clemencin, uno de los más sabios humanistas y más insignes filólogos de nuestra nacion; amistad cimentada por la identidad de aficiones y de estudios, por su carácter amabilísimo y por la circunstancia de ser compañeros en las Academias de la Lengua y de la Historia, hizo que me apresurase á dar cuenta en la *Gaceta de Madrid*, del primer tomo de su edicion del *Quijote* comentado por él, y del segundo y tercero, publicados ambos no con mucho intervalo de tiempo. Arrebatado este ilustre literato y excelente patriota, por una muerte prematura, á su familia, á sus amigos y á la república de las letras, sus hijos, cumpliendo á un mismo tiempo el deber de la piedad filial y la obligacion de no dejar sepultado en el olvido el resto del Comentario, quizá la mejor obra de filología que tenemos en nuestra lengua, continuaron con suma laboriosidad la publicacion de los tres últimos tomos. Pero como al mismo tiempo que fueron herederos de la ilustracion y de las virtudes de su difunto padre, lo fueron tambien de la amistad y benevolencia con que me honró, quisieron que yo fuese quien anunciase al público en el ya citado periódico, los tomos que sucesivamente salieron á luz. Yo cumplí este encargo lo mejor que me fué posible y con todo el celo que exigia de un amigo, el nombre respetable del autor.

Sus hijos han querido que mis anuncios, esparcidos en varios números, apareciesen en este tomo último (1), destinado á completar cuanto sea interesante al público acerca del Comentario y del comentador. Yo no me podia negar á una solicitud que me halagaba: porque ¿quién no asociará su nombre con sumo placer á los de Cervantes y de Clemencin? Pero habiéndome parecido más conveniente reunir en un discurso con cierto órden los juicios que hice en los anuncios ya

(1) Véase lo que se dice en la pequeña introduccion que precede á este escrito.

INGLATERRA.—ESCUADRA COLOCADA EN LOS MARES DE EUROPA.



Núms. 1 á 6, escuadra volante; núms. 7 á 16, escuadras del Canal de [illegible] y del Mediterráneo, y núms. 17 á 24, escuadra primera reserva (pág. 13.)

citados, que imprimirlos seguidos y sin conexion, he emprendido este trabajo, no para aumentar la gloria de mi perdido amigo, sino para probar á mis contemporáneos cuánto me complazco en la que tan justamente ha adquirido.

Faltaba en nuestra literatura el homenaje debido á la inmortal obra del *Quijote*, el de ser comentada, siendo así que se habia tributado á los delirios de Góngora. Las eruditas notas de Pellicer no merecen el nombre de Comentario, porque no siguen ceñidamente al original; y las de Boules, aunque muy apreciables, por ser de un extranjero, se limitan á evacuar las citas del texto y á aclarar algunas locuciones exóticas para sus compatriotas.

Un escritor, conocido ya en la literatura española por su vasta erudicion, fina crítica y sana filosofía, ha emprendido á comentar la más célebre de nuestras producciones, el primer libro de nuestro idioma, y se somete con entera docilidad á las leyes severas del Comentario. El señor Clemencin no abandona un punto á su autor. Examina la fábula y los caractéres: nota los descuidos y anacronismos que la precipitacion con que trabajaba hizo cometer á Cervantes: manifiesta el mérito de la invencion, la maestría del pincel más rico y variado que ha conocido el Parnaso, las gracias del estilo, la perfeccion del plan, la habilidad de la ejecucion, la coordinacion oportuna de los incidentes, y en fin, el objeto constante que se propuso en su obra, de desterrar del mundo los libros de caballería.

Otras notas se dirigen á probar con numerosas citas, tomadas de estos libros, cuán justa es la sátira que de ellos hace el autor del *Quijote*. El señor Clemencin multiplica las citas de los libros de caballería, con el objeto de satisfacer la curiosidad que promueve el ingenioso hidalgo en los que lo leen, acerca de las historias y personajes caballerescos; tanto mayor, cuanto siendo ántes muy comunes los libros en que están escritas sus aventuras, se encuentran ahora con mucha dificultad y costo. El mismo *Quijote* que sepultó en el olvido, cuando se publicó, esta clase de obras, excita en los lectores de nuestros tiempos el deseo de conocerlas, mucho más cuando Cervantes ha parodiado en su libro gran número de las fábulas que en ellas se refieren. ¿Quién no desea en el dia conocer á los Amadises, Febos y Orianas, modelos de Don Quijote y de Dulcinea? Además, es imposible á veces entender los delirios del héroe de la Mancha, sin prévio conocimiento del lenguaje é invencion desatinada de aquellos libros.

Otras notas pertenecen á la crítica y filosofía de las humanidades. En ellas se señalan las imitaciones de los poetas clásicos de la antigüedad y de la Edad moderna que hizo el inmortal autor del *Quijote*: se examinan las bellezas de su estilo, los defectos de sus versos (en los cuales, como nadie ignora, fue infelicísimo), y en fin, se analizan los juicios de este célebre escritor, que á semejanza de Homero, vertió en su libro todo lo que sabia acerca de los autores y obras que cita, señaladamente en el famoso escrutinio de la librería, y acerca de las varias cuestiones que toca en materia de poesía, retórica y moral.

Las notas pertenecientes al lenguaje han merecido un cuidado particular al comentador: corrige ó advierte las locuciones viciosas de las anteriores ediciones: explica los pasajes absurdos: dá noticia de las alusiones á usos y costumbres poco conocidos ya, y que es preciso saber para la inteligencia del texto; y en fin, señala las incorrecciones y defectos en que á veces incurre Cervantes, y que parecen en su obra como nubes imperceptibles en el cielo claro y despejado de un hermoso dia. Por lo mismo que el autor del ingenioso hidalgo es uno de los modelos más clásicos de elocucion castellana, por lo mismo es más conveniente notar estas pequeñas advertencias para que las eviten los imitadores, más dispuestos en general, porque así lo quiere la debilidad del entendimiento humano, á imitar los yerros que las bellezas.

El señor Clemencin atribuye las incorrecciones del lenguaje de Cervantes á la precipitacion con que escribió, que le hizo además cometer antilogías y anacronismos en el cuerpo mismo de la fábula; y tambien á la impericia de los que hicieron las primeras ediciones, y dejaron en ellas yerros que se han repetido en las siguientes hasta nuestros dias. Nosotros tenemos por verdaderas ambas causas: pero tambien creemos que muchas de las que hoy son tenidas justamente por incorrecciones y deben notarse como tales, no lo eran en tiempo de Cervantes.

Este inimitable escritor halló el idioma formado ya en cuanto á sus principales construcciones: mas no estaba aún enteramente fijado. Por la naturaleza de los asuntos graves á que se habian dedicado los más célebres de los escritores que le precedieron, faltaban á la lengua, ya sonora y majestuosa, aquella fluidez y gracia, aquella abundancia festiva, aquella flexibilidad admirable para tratar todas materias y géneros que él le comunicó, recorriéndolos todos en su *Quijote* con igual felicidad. Esto no pudo hacerlo, sin que su imaginacion viva y lozana le sugiriese nuevas voces y giros, nuevos modos y formas de decir, ya para hacer más sonoros los períodos, ya para acelerar su movimiento, ya para retardarlo ó interrumpirlo, ya, en fin, para dar á las imágenes el conveniente colorido. Cervantes no se limitó á ser un buen hablista del idioma patrio: creó tambien en materia de elocucion, como habia creado en la invencion y disposicion de la fábula; y si algunas de sus innovaciones no han sido admitidas en el uso comun, y por consiguiente no pertenecen á la lengua, es imposible negar que otras muchas, y en mayor número, han sido adoptadas con gratitud, han enriquecido el idioma y contribuido á fijar su índole, haciéndole más flexible de lo que ántes era para expresar convenientemente toda clase de ideas.

Al texto y á las notas antecede el prólogo del comentador, en que forma un cuadro excelente del orígen y progresos de la caballería, de las causas de su decadencia, de la literatura á que dió lugar, y de los delirios que se introdujeron en esta misma literatura, para recaer despues en el objeto moral que Cervantes se propuso en su obra. Este prólogo es uno de los trozos mejor escritos de historia filosófica, y está lleno de selecta y bien manejada erudicion.

En cuanto al inmenso número de notas que forman el Comentario, bastará decir, que todos los pasajes del *Quijote* que merecen ilustracion, ya histórica ó mitológica, ya de literatura caballeresca, ya relativa á la fábula, ya al lenguaje, la tienen copiosa y bien escrita. Acaso no serán siempre todos los lectores de la opinion del comentador; pero á lo ménos siempre hallarán cuantos datos se necesitan para resolver con acierto esta clase de cuestiones: que es todo lo que razonablemente puede exigirse de un comentario.

Sólo nos resta ya que designemos, en confirmacion de nuestra opinion sobre la obra, aquellas notas más dignas de observarse, ya por la importancia de la materia que contienen, ya por la erudicion no comun de que están llenas; y para hacerlo con algun órden, pues ninguno era posible en el Comentario, las distribuiremos en diferentes clases.

DE USOS Y COSTUMBRES.

Tomo II, página 28. Contiene una disertacion muy curiosa sobre la profesion de la arriería, preferida á otras por los moriscos de España, tanto que las Córtes del Reino se quejaron á Felipe II de la especie de monopolio que ejercian en este ramo; y cuando fueron expelidos, se encarecieron los portes por falta de arrieros.

Tomo II, página 41. Habla de las vicisitudes que ha tenido la costumbre de dejar crecer la barba y los cabellos.

Tomo II, página 171. Explica muy á la larga el papel fabuloso que hicieron los enanos en las historias caballerescas, y la verdadera introduccion de estos mónstruos en los palacios de los reyes y grandes.

Tomo II, página 218. Cita muchos pasajes de nuestros antiguos escritores y libros de caballería, que demuestran el uso antifrástico de la palabra *Don*, que siendo por su naturaleza voz de honor y respeto, se hace frecuentemente de vituperio é ignominia, como en *Don traidor*, *Don hijo de p...*

Tomo II, página 477. Trata muy circunstanciadamente del traje y lengua de los gitanos, casta singular que áun no ha llegado entre nosotros á incorporarse con la masa comun de la sociedad.

Tomo IV, página 191 y siguientes. Con motivo de la aventura del *carro de la muerte*, dá el señor Clemencin noticias relativas á los cómicos más célebres de los siglos XVI y XVII; al orígen y progresos de las composiciones dramáticas, llamadas *autos sacramentales*; á las diferentes especies de compañías de actores que entónces se usaban, y al favor no siempre merecido de que gozaban los cómicos por la grande aficion de los españoles á los espectáculos teatrales.

Tomo IV, página 301. Dá noticia de las espadas y famosos espaderos de Toledo. En general tiene gran cuidado de no omitir nada relativo á los trajes y armas usadas en tiempo de Cervantes y áun en los siglos anteriores.

Tomo IV, página 309 y 314. Hay dos notas muy interesantes, relativas, la primera á las fiestas de toros, y la segunda á las de las justas y torneos. Antiguamente la suerte principal de la tauromaquia era la lanzada, y los lidiadores de toros eran caballeros: distinguióse entre ellos por suerte y destreza don Pedro Ponce de Leon, hermano del duque de Arcos. El mismo emperador Cárlos V, hallándose en una fiesta de toros en Palencia, quebró su lanza en uno de ellos, que le hirió el caballo; y otra vez en Valladolid quiso hacer la misma suerte, pero no le entró el toro.

En aquellos tiempos, si se ha de creer á don Luis Zapata en su *Miscelánea*, el peligro de estas funciones era muy poco; pero cuando las lanzas se convirtieron en garrochas, se multiplicaron las desgracias, por confesion del mismo autor, hasta tal punto, que el Padre Pedro Guzman, jesuita, en su obra titulada *Bienes del honesto trabajo*, aseguraba que un año con otro morian en esta clase de funciones de doscientas á trescientas personas. La nobleza abandonó el coso desde el siglo XVII; pero esta diversion fué siempre popular en España, señaladamente en las funciones de los santos, patronos de los pueblos, y se introdujo la supersticion, dice el Padre Guzman, de creer que las *carnes de toro muerto en estas fiestas de santo, guardadas como reliquias, son contra calenturas y otras enfermedades*, y remedio contra los nublados. *Los de sus entendimientos*, añade, *remedie el Santo por su clemencia.*

Tomo V, página 4. La ridícula consecuencia que el primo de Basilio sacó de las palabras de Durandarte, *paciencia y barajar*, dá motivo al señor Clemencin para entrar en la discusion acerca del orígen del juego de naipes, cuya invencion atribuyó Juan de la Cuesta en su poema *De los inventores de las cosas*, á un barcelones llamado Vilhan, de cuyo nombre formó Cervantes el adjetivo *vilhanesco* en la novela de *Rinconete y Cortadillo*, en la cual llama tambien *floreo de villano* (desfigurando el nombre) á los trampas en el juego. Despues de estas citas y otras, indaga el orígen, á la verdad bastante probable, que pudo tener esta diversion en la de los dados, conocida de los antiguos.

Tomo V, página 45. No es ménos sábia y erudita la nota acerca del *ajedrez* y de las *tablas*. El señor Clemencin prueba que este último juego fué el que hoy se conoce con el nombre de *chaquete*.

Tomo V, página 185. Trae noticias muy curiosas acerca del juego de los *dados*.

Tomo V, página 242. La nota acerca de los *coches*, manifiesta el espíritu de los españoles en el siglo XVI y á principios del XVII. Este ramo de comodidad y de lujo introducido en el reinado de Cárlos V, halló grande oposicion en la opinion pública, ya porque encarecia el precio de las mulas, ya porque afeminaba á los hombres y los desacostumbraba del uso del caballo, tan necesario para la guerra. El señor Clemencin cita las peticiones de varias Córtes, para restringir su uso, y las pragmáticas expedidas al mismo efecto hasta la Real Cédula de 1619, última en que se publicó con el mismo espíritu. En el reinado de Felipe IV cesó la persecucion, excepto en el teatro, donde Calderon y otros poetas motejaron frecuentemente el ánsia de las mujeres por andar en coche.

Tomo V, páginas 313 y 408. La nota sobre los tratamientos de *vos* y de *Don* contienen noticias, casi olvidadas ya, acerca de nuestras costumbres domésticas.

Tomo V, página 320. Refiere las costumbres de los *romeros* y *palmeros* en la Edad Media y áun en los tiempos posteriores.

Tomo V, página 428. Demuestra que fué real y verdadero en la Edad Media el uso que las damas asistiesen y curasen á los caballeros heridos.

Tomo V, página 440. Con motivo de estas palabras del texto: *sé leer y escribir y soy vizcaino*, cita todos los secretarios, naturales de Vizcaya, que tuvieron los diversos monarcas de la dinastía austriaca.

Tomo VI, páginas 15, 29, 40. Acerca de los trajes, así de hombres como de mujeres, no desaprovecha el comentador ninguna oportunidad que le ofrezcan los pasajes de Cervantes en que se hace mencion de los vestidos. Es muy notable la de la página 15, porque en ella se ve el lujo en el vestir propio del siglo XVI, comparado con la sencillez y llaneza de los tiempos anteriores. En la de la página 40 y en otras, cita las varias precauciones que en diversas épocas tomó la ley en España para contener el lujo y áun la indecencia en el vestir. Sin embargo, la misma ley que prohibia á las mujeres el uso de los verdugados sin llevar chapin de cinco dedos de alto, permitia el castigo indecente de cortar las faldas á las rameras: de cuya costumbre se encuentran vestigios entre los antiguos españoles, los italianos, y áun los pueblos de la tierra de Canaán, como puede verse en la nota de la página 29.

Tomo VI, páginas 69, 71, 141, 181. Contiene muy á la larga la historia de los desafíos en España, y la explicacion de las principales ceremonias que en ellos se observaban. Entre los famosos duelos de la más remota antigüedad castellana, cita el señor Clemencin el reto de Zamora por Diego Ordoñez de Lara, y el de los Infantes de Carrion por el Cid; y pasa en silencio el que algunos documentos é historiadores catalanes, citados por el señor Bofarull en su obra de *Los condes de Barcelona*, refieren á la misma época, á saber: del conde don Berenguel, por sobrenombre el *fratricida*, que fué vencido en el desafío.

Este duelo merecia, sin embargo, particular mencion, tanto porque recaia sobre un juicio, como porque siendo juez el mismo rey de Castilla Alonso VI, era muy glorioso para él y para la nacion, que el soberano de un pueblo extranjero y poco ántes enemigo suyo, se sometiese á su tribunal. El erudito y laborioso Clemencin, que tantas pruebas tiene dadas de su vasta lectura, no halló, pues, en nuestras memorias vestigios de semejante desafío; y este silencio es un argumento muy fuerte contra la realidad del hecho que no hubieran omitido los cronistas coetáneos, tanto por la atrocidad del crímen, como por la celebridad del tribunal.

En las citadas notas explica la costumbre de dejar un guante por prenda del desafío, la de partir el sol y medir las armas á los combatientes, y otras varias. Recuerda tambien los libros y pasajes caballerescos en que se mencionan semejantes duelos, y principalmente la historia de los *pasos honrosos* que se han celebrado en Castilla. El señor Clemencin juzga esta galantería del siglo XV con toda la severidad filosófica del XIX, en lo cual ciertamente no le imitaremos. Una nacion belicosa por necesidad debió, áun en sus diversiones, manejar el acero. Algo más honrosos, algo más útiles eran á Castilla aquellos pasos, que los que desgraciadamente sostiene nuestra juventud entre los desfiladeros que forman los naipes en el juego del monte.

Tomo VI, página 211. La nota sobre las justas y torneos de Zaragoza, y sobre la cofradía de San Jorge, que tenia á su cargo celebrarlos, es muy interesante, ya se considere históricamente, ya como relativa á las costumbres antiguas de Aragon. En ella se ve claramente el carácter de las instituciones, á un mismo tiempo políticas, religiosas y militares de un pueblo que debió su existencia como nacion independiente á su lanza y á su creencia. Es verdad que estas instituciones no son propias del siglo ni de la civilizacion actual: mas no puede negarse que satisfacian completamente las necesidades sociales de aquellos siglos; y ridiculizarlas ahora seria un anacronismo tan pedantesco, como presentar á la irrision pública *el censo y las lustraciones de Roma á la salsa negra de los espartanos*. Nada de lo que ha contribuido á inspirar á los hombres sentimientos de honor y de virtud, es despreciable ni indigno de la consideracion del filósofo.

Tomo VI, páginas 229, 245. No podemos decir otro tanto de los *bandos*, comunes en Cataluña y en otras provincias y ciudades de España entre las familias nobles, y de las cuales se habla en las notas de las páginas citadas. Esta costumbre bárbara de atsanderizarse, trajo quizá su orígen de los güelfos y gibelinos, facciones que de Alemania pasaron á Italia, y bien que en las ciudades de Castilla pueden atribuirse con más razon á la ambicion de los nobles, que solicitaban los oficios municipales cuando éstos empezaron á dar influencia en el poder.

Tomo VI, página 259. Contiene muy buena y escogida erudicion acerca de las fiestas que todas las naciones hacen en la noche y mañana de San Juan, tan celebradas en nuestros libros caballerescos, romances y comedias. Refiere tambien las funciones que se hicieron en los jardines del Prado de Madrid en obsequio del rey Felipe IV la noche de San Juan del año 1631.

(Se continuará.)

ESCUADRA COMBINADA DE INGLATERRA.

La gran lámina de las págs. 40 y 41, representa en curioso detalle los magníficos buques que componen la escuadra inglesa que manda en jefe sir Hastings Yelverton, tal como se hallaban anclados en la rada de Queenstow en Octubre último.

Los seis primeros barcos, entre los cuales se cuentan el *Topaze*, de 31 cañones, y el *Inconstant*, porte de 4.066 toneladas, forman la escuadrilla volante que está destinada á ejecutar con presteza las órdenes del Almiranzago inglés: los diez siguientes, con el famoso *Lord Warden*, buque almirante, el *Monarch* y el *Northumberland*, poderosas máquinas de guerra, que pueden conducir por sí solos dos divisiones de un ejército, componen la escuadra del Canal de la Mancha y del Mediterráneo; y de los otros ocho, entre los que se hallan el *Blanch-Prince*, el *Vanguard* y el *Achilles*, consta la escuadra que se denomina *primera reserva*, lista siempre para acudir en breve tiempo al punto donde fuere necesario.

Pocas semanas hace que tocó en el puerto de la Coruña ó de Vigo, y fondeó luego en la bahía de Lisboa, la mayor parte de los buques de la escuadra del Mediterráneo, cuando volvian á la estacion naval que les está señalada por el Almiranzago.

Por lo demás, nuestra lámina representa suficientemente la belleza, la capacidad y la fuerza de la escuadra combinada de Inglaterra en los mares de Europa, y nos parece inútil y hasta enojoso para los lectores incurrir en repeticiones innecesarias.

Presentaremos, sin embargo, el siguiente cuadro demostrativo de la fuerza de cada una de las tres:

	BUQUES.	CAÑONES.	TONELADAS.	TRIPULANTES.
Escuadra volante. . . .	6	128	16.245	3.990
Escuadras del Canal y del Mediterráneo. . .	10	189	55.178	9.750
Escuadra primera reserva	8	131	32.337	6.450
TOTALES.	24	448	103.762	19.800

Preciso es, por lo tanto, confesar que con una escuadra permanente en aguas europeas, de 24 buques, todos de hélice y varios acorazados, porte de 103.732 toneladas, que montan la enorme cifra de 448 cañones y cohisas giratorias de grandes calibres, y que conducen 19.800 hombres de desembarco, sin incluir la plana mayor de este ya respetable ejército, no es extraño que la Gran Bretaña empuñe orgullosa el cetro de reina de los mares, y ponga todo su empeño en conservarlo.

EL ESPÍRITU DEL SIGLO.

NOVELA DE COSTUMBRES CONTEMPORÁNEAS,

original

DE D. RAMON DE NAVARRETE.

CARTA TERCERA.

MARÍA Á JULIA.

Madrid 20 de Octubre.

El acontecimiento del dia es la grande, la improvisada fortuna de Cárlos Aguilar: nadie habla de otra cosa en Madrid, y todos calculan el número de millones que su tio le habrá dejado. Sobre este particular el jóven heredero se muestra impenetrable: á los más osados ó imprudentes les desconcierta con una sonrisa, ó con un *quizás*; á los que intentan averiguarlo tímidamente, les responde con cualquier evasiva. Esto, segun es natural, contribuye á que se crea inmensa su fortuna; y la verdad es que sus preparativos de instalacion justifican tales rumores.—Cárlos se va á establecer bajo un pié de lujo notable: los mejores tapiceros de Madrid están encargados de adornar el cuarto que ha alquilado en la calle del Príncipe: los carruajes y los caballos se los traerán muy pronto de París: ha comenzado á invitar á comer á sus amigos más íntimos, que son ya muchos, y todos ponen en las nubes su cocinero.

Celebrando las dichas y prosperidades de Cárlos, yo he perdido sin embargo un amigo á quien estimaba; no es que él haya cambiado conmigo, sino que yo he cambiado con él. Antes nuestra situacion era análoga, y nadie podia suponer en mi planes de cierto género: hoy, si siguiese nuestra intimidad, todos, ó mejor dicho, todas creerian que los abrigo. No: mi resolucion es irrevocable: Cárlos ha muerto para mí desde el dia en que se ha hecho millonario, y en lo sucesivo será á mis ojos uno de tantos.

La que como yo, Julia, carece de familia y de bienes, es menester que por lo mismo sea más severa, más altiva, más orgullosa quizás. No quiero dar á nadie derecho para que me sonroje y me humille; y con una conducta prudente y digna debo conquistar la posicion que la suerte me ha negado. En adelante, pues, evitaré la presencia de Cárlos, como ántes la buscaba; en adelante seré con él esquiva, adusta, intratable. No puedes imaginarte lo que me ofende la idea de que supusiera que alimento esperanzas quiméricas é insensatas. Aunque solicitase mi mano de rodillas, se la negaria sin vacilar... á no ser que estuviese muy convencida de su amor.

Tal vez me acuses de exagerada, segun sueles hacerlo, Julia mia: pero más vale pecar por ese extremo que por el otro, y yo de mí sé decirte que nada me causa tanta repugnancia como ciertas mujeres sin decoro y sin vergüenza que atraen ó intentan atraer á un hombre rico, con la esperanza de llegar á ser su esposa. Dios me ha dado un carácter incapaz de toda bajeza y de toda degradacion: humilde y afable con el pobre y desvalido, me torno dura, altanera con el soberbio y con el poderoso. Si amase á Cárlos,—lo que afortunadamente no sucede,—tendria bastante dominio sobre mí misma para ocultarlo en el fondo de mi alma, y para demostrarle—desde el momento en que fué conocido su cambio de posicion—un desden, una frialdad inalterables.

Es muy posible, es muy seguro, que embriagado y aturdido con los triunfos que á su amor propio ó á su vanidad se le preparan, no advierta siquiera mi completo retraimiento. No me importa: yo lo hago por mí... y un poco por los demás. En el mundo hay que apetecer ante todo la consideracion de las personas honradas: los necios y los malvados se reirian de mis escrúpulos si los supiesen; para tí y para cualquiera otro que pudiera descubrirlos, serian un título al aprecio y á la estimacion.

Dicen que Cárlos no se presentará en público hasta despues de trascurrido el primer mes de su luto; pero ya hace visitas de confianza, y anteayer vino á ver á mi noble protectora. Yo estaba en el gabinete bordando junto á ella, cuando anunciaron al improvisado Creso; y ¿sabes lo que hice?—Echar á correr, con el pretexto de que no estaba vestida. Pero la picara curiosidad femenil, que desde nuestra madre Eva acá ha perdido á tantas mujeres, me hizo esconderme entre el cortinaje de la alcoba de la Marquesa.—Parecióme que no le sienta mal el traje negro á Cárlos, y que en su fisonomía se notaba un ligero tinte de afectada melancolía.

Despues de las frases de ordenanza, la Marquesa le dijo:

—¿Con que ya es usted opulento?

—¡Por desgracia!—repuso Aguilar, exhalando un profundo suspiro.

—¿Por desgracia? repitió mi bienhechora asombrada.

—Sí, amiga mia, añadió su interlocutor, tosiendo como el orador que se prepara á pronunciar un discurso elocuente.—En primer lugar, he perdido al noble y generoso anciano que cuidó de mi infancia y de mi niñez, y al que amaba como á un segundo padre. Despues las riquezas imponen altos deberes, que ignoro si sabré cumplir; y por último, acostumbrado al estudio y al trabajo, tal vez me parecerá insípida la ociosa existencia que me aguarda.

Y hablando así, volvió á suspirar.

—Comparta usted sus bienes con los necesitados, le interrumpió la Marquesa con una emocion sincera. De ese modo no será estéril su vida, y hará buen uso de lo que el cielo le ha enviado.

—Tales son mis intenciones, señora: y para comenzar, ¿querrá usted encargarse de distribuir entre los pobres esta pequeña limosna?

Cárlos sacó del bolsillo una linda cartera: buscó en ella un billete de banco de cuatro mil reales, y lo puso en manos de la Marquesa.

—¡Gracias! exclamó ésta cada vez más conmovida.

Yo sentí tambien que una lágrima ardiente rodaba lentamente por mis mejillas y caia sobre mi seno.

—¿Y María? preguntó Cárlos, sin duda para variar de conversacion.

—Ha ido á vestirse: pero espérela usted, porque no puede tardar.

—Pues tardaré, dije para mí, corriendo á encerrarme en mi cuarto, con los ojos bañados en llanto.

Algunos minutos despues recibia un mensaje anunciándome que el señor don Cárlos deseaba ofrecerme sus respetos; contesté por el mismo conducto que sentia infinito no poder saludarle, porque me hallaba muy atrasada en mi tocador.—¿No opinas que hice perfectamente?—¿No habria creido el muy fatuo que estaba rabiando por gozar de su amable presencia? ¿No habria supuesto que me apresuraba á correr á verle?—No, no: estoy muy satisfecha de mi resolucion, y ha sido el principio del plan de conducta que me propongo observar.

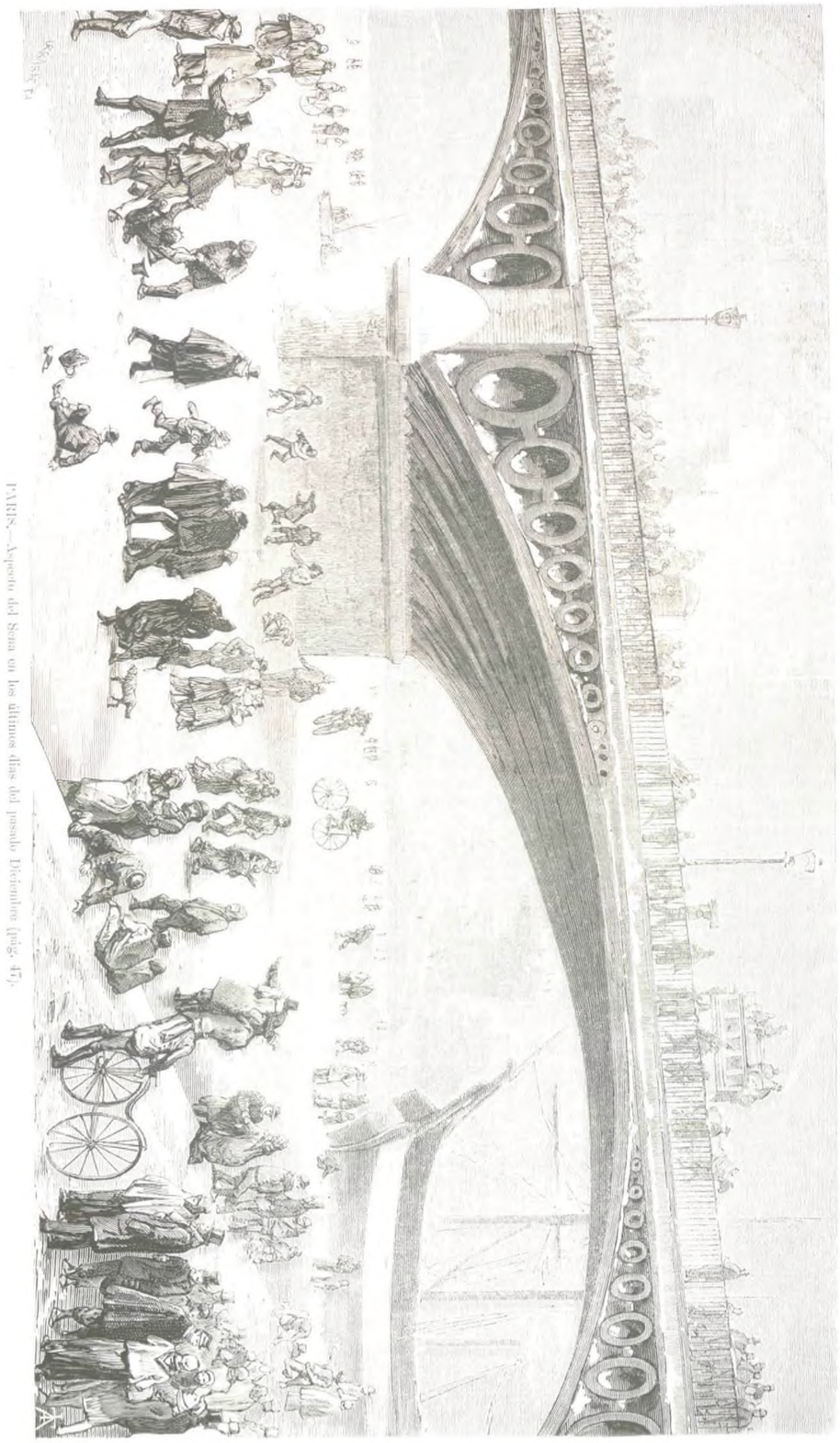
No me dices si se halla ahí tu primo Marcelo, el íntimo amigo de Cárlos, y uno de tus más consecuentes adoradores. Si le hablas, pregúntale qué piensa de la fortuna y del porvenir de aquél. Es jóven de tanto juicio como talento, y deseo saber su opinion sobre este particular.

CARTA CUARTA.

CÁRLOS Á MARCELO.

20 de Octubre.

Ya es tarde, te lo repito, Marcelo. Cuando llegó tu carta se habian representado las primeras escenas de la comedia. Todo el mundo cree en mi fortuna, como



PARIS.—Aspecto del Sena en los últimos dias del pasado Diciembre (pág. 47).

cree en la luz que ve. Hace mucho tiempo vengo observando que esa sociedad frívola y ligera sólo dá asenso á lo inverosímil y monstruoso: lo verdadero y lo natural es lo único que no cree. De modo que si alguno se atreviera á poner en duda mis mil llones, seria apedreado como no sé qué santo del martirologio romano.

Tu carta, empero, me ha causado profunda sensacion; y, te lo confieso, si hubiera estado todavía á tiempo, habria retrocedido.—Mas ya no hay medio de hacerlo: *¡alea jacta est!*—Adelante, y que Dios me perdone, ó más bien, que me perdone y absuelva.

Tu epístola ha sido para mí como el *Mane, Thecel, Phares* del festin de Baltasar: díjolo porque la recibí cuando tenia á almorzar en mi casa á diez ó doce personas de las más encopetadas de España.—Contábanse en el número tres duques, otros cuatro grandes de España, dos hombres políticos de primera fila, etc., etc.—Ya ves que la sociedad, segun dicen los cronistas, no podia ser más escogida y brillante.

Instáronme todos á que abriese tu correo con la amabilidad que ahora usan conmigo, y al leer las frases terribles que me diriges, me puse pálido y demudado.

—¿Alguna mala noticia? me preguntaron con el más vivo interés.

—Sí,—repuse procurando dominarme:—un amigo íntimo que está enfermo.

Y mis comensales se deshicieron en elogios de mi sensibilidad, y sin excepcion se dedicaron cariñosamente á calmar mi inquietud y mis temores.

¿Ves cómo conozco á los parásitos que me rodean? ¿Ves cómo descubro los móviles de su afecto y de su amistad?

Mas pasemos á otro asunto, porque tú tienes la misma triste experiencia que yo del mundo, y no necesitas que te amaestre y te aleccione.

Por desgracia no gozo lo que se suponia en mis triunfos y en mis ovaciones: he llegado á dudar de todos los testimonios de simpatía que me dan; de todas las pruebas de estimacion que se me otorgan. Si una mujer recibe favorablemente mis atenciones y mis obsequios, se me antoja que es porque le parezco un marido conveniente y ventajoso; un hombre se muestra afable y expansivo, sospecho que es porque piensa sacarme dinero. Dudo del amor, de la amistad, de la honradez, de la virtud... No creo más que en el poder omnipotente del oro.

¿Sabes quién contrasta singularmente con los demás en su conducta y hasta en sus maneras para conmigo? Pues es María, la protegida de la marquesa de Valle-Real. Desde que «he heredado la inmensa fortuna de mi tio,» he perdido su confianza, su aprecio, su intimidad. Ahora se muestra fria y reservada hasta el extremo en nuestras conversaciones, y áun las evita cuando puede sin grosería. Ahora, en lugar de aquella mano que me tendia con efusion y hasta con ternura, me alarga dos dedos, que yo siento entre los mios inmóviles é inertes...

Cuando entro en el salon de la Marquesa, siempre halla pretesto para marcharse adentro, de donde vuelve tarde, ó no vuelve.—Su trato tan afable, se ha tornado cerrado, adusto, severo; su voz, ántes dulce y tan armoniosa, parece áspera, seca, estridente...

Sin embargo, cuando habla á otras

personas, su mirada es ménos altiva; su tono ménos duro; su acento más suave.

Habiéndole dirigido yo alguna observacion sobre el particular, me hizo oir una carcajada sardónica, y me dió esta respuesta original:

—Pues qué, ¿queria usted que le adulase como los demás?

En el fondo tiene razon: su carácter es demasiado noble, demasiado independiente para descender al nivel del comun de las gentes; su alma es harto elevada y generosa para rendir culto al becerro de oro, simbolizado en mi persona.

¡Ay, Marcelo! No he adquirido un solo amigo nuevo, y he perdido uno de los dos que tenia!

Pero no quiero ocuparme más de esa chiquilla caprichosa y extravagante, sino contarte mis satisfacciones y mis conquistas.

Las madres que tienen hijas casaderas me abren de par en par las puertas de sus casas: me invitan á comer; me llevan en coche á la Fuente Castellana; me avisan cuando les tocan sus respectivos turnos en el teatro Real, y casi, casi me ofrecen la mano de sus interesantes retoños.

Los papás me cuentan en confianza la dote que darán «á las niñas»—algunas de treinta inviernos—el dia que se establezcan; las viudas jóvenes ó viejas me hacen avances no ménos significativos; en fin, me veo *mimado*, obsequiado, *dorloté*, como no imaginaba que lo fuese mortal alguno en la tierra.

Todo esto me lisonjea poco: lo que me satisface más es la inclinacion que no me oculta la condesa de Peñalver.

Es la única que no ha cambiado respecto de mí: anteriormente me habia dado numerosas pruebas de simpatía. En todos los bailes tomaba *mi* brazo para recorrer los salones; en paseo solia apearse para murmurar, segun decia, algun rato conmigo; quejábase cuando no subia á visitarla en su palco; y en fin, me manifestaba afecto y benevolencia.

Ahora no ha hecho sino extremar un poco una y otra: ligera, frívola, coqueta por lo comun, cuando conversamos se torna grave, razonadora, formal; alegre, maldiciente, murmuradora, en nuestras pláticas modifica esos que juzgo hábitos más que instintos de su carácter.

Si paso un dia sin verla, manda á saber si me hallo indispuesto; si en alguna reunion no la saco para el rigodon que tengo *costumbre* de bailar ó de andar con ella, se pone de mal humor ó se marcha temprano á la cama.

Y de ella no es posible recelar que abrigue pensamientos ambiciosos: su fortuna es inmensa: posee algo como cuarenta ó cincuenta mil duros de renta.—Así vive con tal esplendidez y tal fausto.

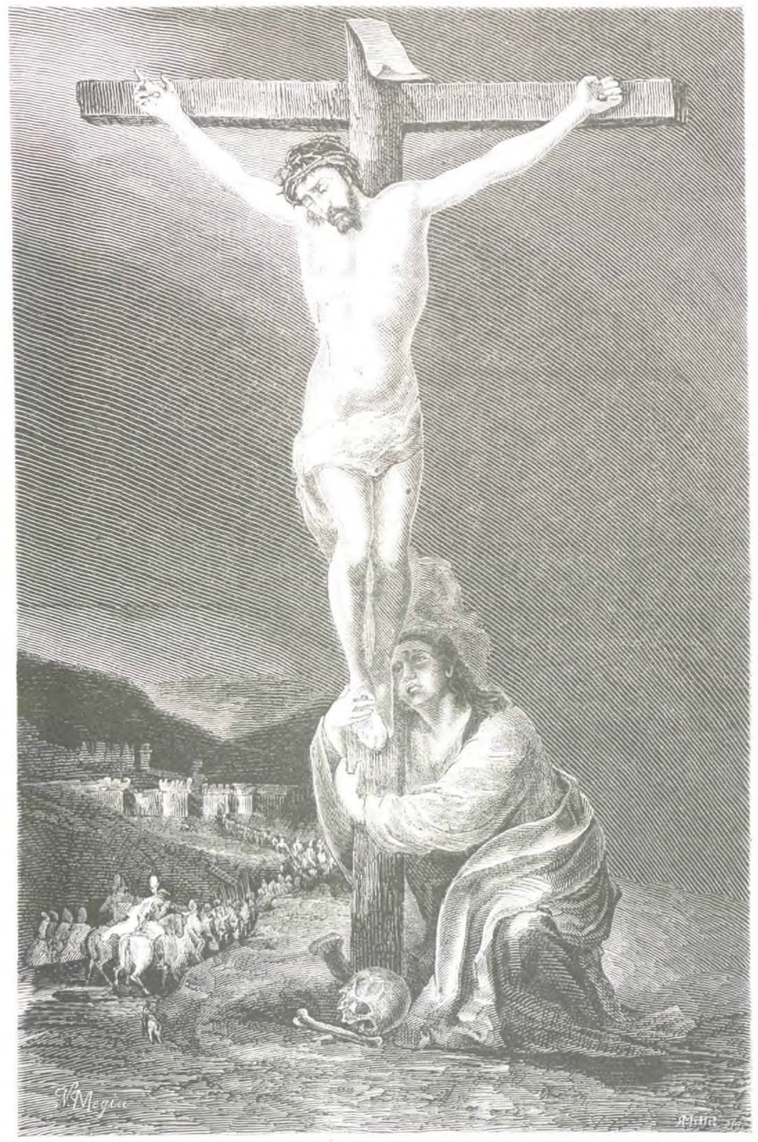
¿Qué te parece, Marcelo? ¿No seria una buena proporcion la condesita de Peñalver? ¿No realizaria con ella mis sueños y mis quimeras? ¿Debo utilizar sus buenas disposiciones en favor mio? ¿Debo llevar adelante el negocio? En tu rectitud y en tu lealtad te oigo que me preguntas:

—¿Pero la amas? Y yo te responderé en seguida, sin vacilar, con mi ruda franqueza de ántes:

—No; no la amo, y creo que ni la amaré jamás.

—¿Y por qué?—añadirás tú.

—Porque su índole es perversa ó está pervertida; porque su educacion ha sido muy descuidada; porque carece de ideas morales y de principios religiosos; en fin, porque, segun la voz pública, hizo á su primer marido muy poco feliz.



BELLAS ARTES.—Un crucifijo de Murillo, cuadro de la galería de D. Francisco Brabo, de Buenos-Aires (pág. 48).

—Entónces,—repones tú,—no te cases con ella: lo primero en el matrimonio es la confianza, es el aprecio, es la consideracion.

—Pero, ¿y si no encuentro otro partido igualmente ventajoso; otra mujer que me profese aficion; y al cabo de un año, de dos ó de tres, he gastado en locuras mis treinta mil duros y no tengo más alternativa que correr á esconder mi ruina á un lugaron cualquiera, ó suicidarme?

¡Ay! La voz que escucho, la que me interroga, la que me responde, no es la tuya, mi buen Marcelo; es el grito implacable de mi conciencia, que me dice:

—¡Mira, contempla la profundidad del abismo en que has caido!

(Se continuará.)

BREVE RESEÑA HISTÓRICA DE MONTEVIDEO.

(CONTINUACION.)

Pero convencido de cada vez más el gobernador de Montevideo, que los manejos de Buenos-Aires encerraban el objeto de acabar con nuestro dominio, desoyó amonestaciones y toda clase de tratos, declarándose desligado de toda otra autoridad y responsable de su conducta ante la suprema de la nacion. Y llevado de ese su convencimiento, así como impulsado de su actividad, y sobre todo, del deseo de evitar el fin que tenia, no sólo agitó los ánimos de los del partido peninsular en Buenos-Aires, hasta llevarlos á una manifestacion contra el virey Liniers, manifestacion que éste destruyó valiéndose de los batallones compuestos de hijos del pais, sino que entrando en tratos con la corte de Portugal, residente en Rio Janeiro, intentó llevar á Montevideo fuerzas portuguesas, que no sólo ayudasen á la defensa de la plaza, caso de ataque por los de Buenos Aires, sino que, á ser necesario, lo pusiesen en condiciones de destruir lo que en aquella capital existia y consideraba con razon enemigo del dominio español. No tuvieron resultado estos tratos, sostenidos por parte de la corte lusitana con el interesado fin de aprovecharse del estado de España y del de desunion en que se hallaban sus autoridades en el Rio de la Plata, para realizar su antiquísimo deseo de plantar su dominio en la orilla norte de ese rio.

La llegada del teniente general de marina, don Baltasar Hidalgo de Cisneros, nombrado virey en sustitucion de Liniers, concluyó con la excision de Elio, como que con el nuevo lugarteniente cesaban las causas que la habian motivado; desmintiendo así á los que, obrando por el deseo de quitar estorbos á la segregacion, que ya tramaban, de aquellos paises, le acusaban de que á ella habia sido movido por el de saciar una ambicion tan criminal como insensata.

No tardaron los acontecimientos en demostrar lo fundado del temor de Elio. A los pocos meses de estar Cisneros en Buenos-Aires, reventó la revolucion que lo depuso violentamente del mando, y que haciendo pasar la autoridad á una junta en que figuraban los hombres que principales habian sido en el urdimiento de la trama que á ello habia conducido, inauguró su era con la muerte del que, cubierto de gloria, habia sido instrumento de sus desleales miras, y que llevado de su carácter caballeresco, no conoció hasta lo último toda la doblez que hácia su persona y hácia el dominio español encerraba la conducta de los que aparentaban tenerlo como á su ídolo.

El grave suceso del 25 de Mayo de 1810, en Buenos-Aires, y la sangre de Liniers y demás compañeros de infortunio, hicieron á las autoridades de Mon-

tevideo declararse enemigas de la revolucionaria establecida en la capital.

Visto por Elio el mal camino que llevaban las cosas para el dominio español, acudió en persona á la metrópoli, y regresó á Montevideo con la investidura de virey. Pero la junta revolucionaria de Buenos-Aires, á quien se dirigió en demanda del reconocimiento de su autoridad, desechó la pretension; quedando de este modo en abierta y cruda guerra las dos ciudades del Plata.

Mientras tanto, el oriental Artigas, que de oficial de las fuerzas españolas habia pasado á las filas con que la revolucion contaba en la Banda Oriental, logrando en ellas el primer puesto, debido á su valor personal y al gran conocimiento que de todas sus comarcas poseia, agitaba todo el pais: llegando á conseguir, asi como sus tenientes, grandes ventajas sobre las muy reducidas fuerzas de Elio; sobre todo en el combate de las Piedras, adverso á los españoles, hasta el punto de quedar en poder de Artigas casi toda la columna que á su encuentro habia salido de Montevideo: desgracia más agravada aún por las ventajas que alcanzando iba otro caudillo de la revolucion, el coronel Rondeau.

Aislada ya, puede decirse, la plaza de Montevideo, trató Elio de dar treguas, entrando en tratos con la junta de Buenos-Aires, cuya situacion no hacia halagüeña el desfavorable éxito de sus tropas por el lado del Alto Perú, y el mal resultado que hasta entónces habia tenido la expedicion al Paraguay, mandada por Belgrano. Mas como cambiase por completo el semblante de las cosas en el mismo Paraguay, hasta el extremo de rebelarse abiertamente este pais contra el dominio español, cuando ménos podia esperarse, y en ocasion precisamente de tratarse en la junta sobre las proposiciones de acomodamiento enviadas por Elio, se creyó aquella en situacion de desecharlas por completo, y así lo hizo.

No desmayaba, sin embargo, el gobernador de Montevideo; que si bien estrechado en la plaza por las cortas fuerzas de que disponia, y más aún por el vuelo que en toda la Banda Oriental habia ya tomado la enemistad hácia el dominio español, traducida, como queda dicho, en hechos de resultado bien adverso para ese mismo dominio, contaba con los recursos que podia mandarle el virey del Perú, Abascal, y con los que indirectamente sacaba del Brasil, en cuya capital agitábase sin cesar la consorte del Regente de Portugal, princesa española, Carlota Joaquina, hermana de Fernando VII, para ver de posesionarse de las comarcas del Rio de la Plata, á cuyo fin habia tocado toda suerte de resortes, ya con el gobierno revolucionario de Buenos-Aires, ó bien con el mismo Elio. A todos cuyos elementos añadíase el de alguno que otro pequeño buque de guerra; que si bien todos ellos malos, peor artillados y en peor estado aún de tripulantes, conservaban libre el dominio de las aguas, y por lo tanto, asegurados los víveres y las comunicaciones con el exterior, al propio tiempo que sostenian el bloqueo de la capital.

Mas como la metrópoli en nada podia socorrerle, sus recursos de resistencia mermábanse, al paso que los de ataque, por parte de los adversarios, aumentaban cada dia. En cuyo estado creyó Elio conveniente entenderse con la corte portuguesa, para que acudiéndole con tropas desde el Brasil, ocuparan éstas la plaza y la conservasen en el dominio español, hasta que vuelto á su trono Fernando VII, fuese presidiada por otras españolas.

En efecto, los soldados portugueses pisaron el territorio oriental y dirigiéronse á Montevideo. Mas como aquella corte obraba en ello con doblez, insinuó á la junta de Buenos-Aires que la reconoceria mediante una sumision voluntaria, asegurándole que todos aquellos países no volverian al dominio español, áun cuando Fernando VII recuperase su trono.

Reconocido por unos y otros el doble juego, entraron en tratos los de la capital bonaerense con Elio, y llegaron á un acuerdo por el cual se suspendieron las hostilidades, levantando los revolucionarios el cerco de Montevideo, y retirándose al lado occidental del Uruguay, al propio tiempo que los españoles levantaron el bloqueo de la capital. Y como de esta suerte quedaba sin fundamento el auxilio pedido por el jefe español á los portugueses, aviniéronse éstos á evacuar la Banda Oriental.

Pero ni los de Buenos-Aires, ni Elio, ni tampoco la corte portuguesa, habian puesto en el acuerdo celebrado la intencion de desperdiciar las coyunturas que las circunstancias les presentasen para el logro de sus fines particulares. Así es, que despues de intrigas mútuas por parte de los de la capital y de los de Montevideo, para poner decididamente de su lado á los portugueses, consiguiólo Elio. Y una vez conseguido, rompió lo pactado, bloqueando de nuevo á Buenos-Aires, animado á ello tambien por las disensiones que en esta ciudad reinaban, y por lo propicio de la suerte á las armas españolas hácia los confines del norte de lo que constituido habia el vireinato.

Grande fué la irritacion del poder revolucionario en la capital á consecuencia de esa ruptura. Y como de cada momento aumentasen sus apuros pecuniarios á la par que crecian las necesidades para llevar adelante su empresa de emancipacion, practicó una gran saca de dinero entre todos los peninsulares considerados como más opuestos al nuevo órden de cosas, imponiéndoles además una fuerte contribucion anual.

A pesar de lo conseguido por Elio, pusieron en juego los de Buenos-Aires la grande influencia de la política inglesa para con la corte lusitana, logrando al fin que por medio del misterioso personaje, Rademarker, enviado al intento desde Rio Janeiro á esa capital, se ajustasen pactos de paz: á cuyo cumplimiento prestó su garantía el gobierno británico.

Quedó, pues, Montevideo solo, estando el resto de la Banda Oriental bajo el completo poder de la revolucion, y sobre todo de su representante armado Artigas, cuya influencia y prestigio eran extraordinarios en el pais; cosas ambas que empleaba él para poner por obra todo aquello que consideraba útil al fin de la revolucion, sin reparar para nada en los medios, por reprobados que éstos fuesen.

Pero como el gobierno revolucionario de Buenos-Aires echase de ver que con los solos elementos de la Banda Oriental no se lograria la caida de Montevideo; y como, por otra parte, fuese su deliberado ánimo que todo aquel pais formase unidad con el resto de lo que habia constituido el vireinato, envió tropas, que con uno de sus vocales, don Manuel Sarratea, á la cabeza, estableciesen el sitio de la plaza, junto con las no bien organizadas de Artigas. Mas éste, intérprete en ello del sentimiento de su pais, temiendo el doble fin de los de Buenos-Aires, puso todos los estorbos que le fué posible á la ejecucion del plan, si bien ante el argumento de que no de otro modo se lograria concluir con el enemigo comun, doblegóse y unió sus esfuerzos á los de los bonaerenses para conseguirlo.

Ya para entónces, esto es, cuando las fuerzas revolucionarias pusiéronse delante de Montevideo, era gobernador de la plaza el general don Gaspar Vigodet, militar calificado y de carácter muy sostenido, que á pesar del mal aspecto de las cosas para la causa de que era representante, formó desde luego el ánimo de defender, en cuanto en lo humano fuese dado, aquel recinto, único que en todas aquellas dilatadísimas comarcas levantaba pendones por España.

Conociendo que en el dominio de las aguas estribaba principalmente el buen éxito de la mision que á su cargo tenia, empleó una gran parte de los recursos pecuniarios que del Perú solian llegarle, bien que no con frecuencia, en aumentar la fuerza naval y poder conservar aquel dominio: empeño ese por demás difícil, no tanto por la carencia de pertrechos adecuados al objeto, como por lo escaso y malos condiciones de los tripulantes de que para ello era preciso valerse.

Y como la metrópoli, ya más desahogada del peso de la invasion francesa, le enviase socorro de tropas, quiso, como natural era, probar la suerte de las armas en una salida contra los sitiadores, que practicada el último dia del año 1812, si bien al principio de la funcion con buen éxito, concluyó en derrota completa para los sitiados en el montecillo no lejano de la plaza, llamado el *Cerrito*.

No desanimó Vigodet por el contraste; pero fué grande el aliento que con la victoria cobraron los de la revolucion; con lo que, apretando éstos más y más el cerco de Montevideo, creian serles dado ver en poco tiempo la plaza en sus manos.

No tardaron, sin embargo, en convencerse de lo inútil de sus esfuerzos para alcanzarlo, sin la cooperacion de una fuerza naval que arrebatase á los españoles el dominio del rio; y poniendo mano á la empresa de formarla, fué el primer cuidado del gobierno de Buenos-Aires buscar hombre que á propósito fuera para organizarla y conducirla ante la de sus contrarios. Resolvióse para el desempeño de este cargo, y en verdad con acierto, por el capitan mercante inglés, J. Brown, quien prestando grande actividad y no corta inteligencia al asunto, reunió unos cuantos buques, los cuales transformó en naves de guerra, no buenas, pero que podian llenar su objeto atendido las nada envidiables condiciones que como máquinas de hostilizar poseian aquellas contra las cuales debia ir; con la grandísima ventaja sobre éstas, desde luégo, de la mayor abundancia de pertrechos aparentes para el caso, y de una marinería que, si bien en su mayoria extranjera en el pais, alistóse, más que por el crecido sueldo, en relacion con lo comun y corriente del que les proporcionaba su oficio, por las grandes esperanzas de presas valiosas; al paso que las tripulaciones de los buques españoles abundaban en gente extraña á la vida de á bordo, ó lleno en hombres destinados de todo lo esencial para la guerra marítima. De temer era, por tanto, lo que tardó en suceder y presenciaron la guarnicion y vecindario de Montevideo: esto es, la derrota de la fuerza naval española por el improvisado almirante de Buenos-Aires. Derrota tanto más sensible para el bando de la Armada de España, cuanto que si bien influyó en ella mucho la mala condicion de los tripulantes, áun fué mucho mayor la culpa que en ello cupo al jefe que el respetable y pundonoroso gobernador Vigodet, por error deplorable, puso á su cabeza: el capitan de navío Sierra. Indecible hubo de ser la amargura de los oficiales de pundonor que habian en los buques españoles, no por lo desgraciado de la funcion; que una derrota, habiendo puesto cada uno de su parte todo lo que exigirse puede, no produce mancilla para los que la experimentan, sino porque quedó evidenciado que en ella le cabia grandísima parte de responsabilidad al primero que debió sacrificarse para evitarla.

Desde momento tan desgraciado, fácil fué de presagiar la suerte que, meses más ó ménos, esperaba á los defensores de Montevideo. Su gobernador no escaseaba nada para la resistencia, aislado como quedó del todo en aquel rincon de la América Meridional. Ni un bombardeo más ó ménos vigoroso; ni la falta absoluta de víveres de mediana calidad, hasta el punto de ser dichoso el defensor ó la familia que lograba tener una gran parte de la racion de frijoles ó arroz podrida; ni la total carencia de adecuado alimento para los enfermos de que cuajados se hallaban los hospitales; ni la mortandad que causaba el escorbuto lo mismo en la guarnicion que en el vecindario; ni las asechanzas que de acuerdo con los sitiadores urdian dentro de la plaza: nada, en una palabra, desvió al gobernador de la ciudad de su inflexible propósito de sostenerla, hasta los límites que puede trazar lo humano; sin que á pesar del estado deplorable de la guarnicion, estado que no ignoraban los sitiadores, se atreviesen éstos á tratar de asaltarla, para abreviar su caida, como se lo aconsejaban los cuidados de que rodeado se veia el gobierno revolucionario de Buenos-Aires.

Causa verdadera pena, y redunda en honra del buen nombre español, el cuadro de grandes lástimas trazado por testigo imparcial, cual lo fué el que despues alcanzó el puesto de primer vate del pais, el insigne don Figueroa, por el cual pasó Montevideo, hasta que su gobernador entregó las llaves de la plaza al jefe de la revolucion que la sitiaba, coronel don Cárlos Alvear, que poco ántes habia sucedido en el mando á Rondeau. Dos años eran pasados desde que se entabló el sitio hasta la rendicion, verificada en los últimos dias de Junio de 1814; con la terrible amargura para el rendido gobernador, de que su vencedor, bajo infundados pretextos, y á pesar de haber militado, en sus primeros pasos en la carrera de las armas, guiado por el pabellon que de las astas de la plaza se arriaba para sustituirlo con el de la revolucion, faltase abiertamente á lo estipulado en la capitulacion, conservando como prisioneros los soldados, en gran número enfermos, que la habian defendido.

A poco de capitular Montevideo, en cuyo puerto y con cuyos recursos se habia organizado, entregó el intrépido capitan de fragata, Bonarate, la fuerza naval que mandaba, y con la que en repetidas ocasiones, sin tener por amigos más que los espacios que ocupaban sus pequeñas embarcaciones en el Uruguay ó en el Paraná, habia dejado bien alta la honra de su bandera, hasta el punto de que sus adversarios, despues de rendido, le tributasen las mayores pruebas de respeto y consideracion.

No tardaron las tropas de Buenos-Aires en salir de Montevideo. El caudillo oriental, Artigas, tan famoso por su valor personal, por su conocimiento de todo el pais, por la grande influencia que en éste ejercia, y por las atrocidades que solió cometer en las propiedades y personas de los españoles, habia mirado siempre con mal ojo la ingerencia del gobierno de Buenos-Aires en los asuntos de la Banda Oriental, llevando su ojeriza hasta el extremo de haber desviado sus turbulentos soldados de las fuerzas bonaerenses que sitiaban á Montevideo, y entrado en tratos con Vigodet: tratos que no arribaron á buen fin, valiéndole esta su conducta al atrevido caudillo los rayos del furor del gobierno revolucionario, que llegó á declararlo fuera de la ley, como traidor á la patria.

Evidente era que una vez dentro de Montevideo el ejército de Alvear, habian de pronunciarse, tanto Artigas como su pais, contra la ocupacion, cuya estabilidad envolveria la de la autoridad de Buenos-Aires en ese mismo pais, cosa que por manera alguna querian consentir. Así es que, llegando la situacion entre ellos y el gobierno bonaerense á un estado casi de hostilidad, y rodeado ese gobierno de cuidados muy graves, determinóse la evacuacion de la plaza por los que la habian obligado á capitular, como verificóse al concluir Febrero de 1815, entrando en su recinto las mal organizadas huestes orientales.

Desde este momento, y bien á disgusto de los de Buenos-Aires, constreñidos éstos á permitirlo por fuerza de las circunstancias, puede decirse que quedó Montevideo como capital de lo que, con bastante merma de territorio, es en el dia República Oriental del Uruguay.

La extremada carencia de recursos; la falta absoluta de administracion para conseguirlos; el desórden inseparable de una guerra de carácter cual el de la que se hacia, y el estado en que esta misma guerra habia puesto la campaña toda, hicieron imposible el remediar la mayor parte del daño causado á Montevideo por cuatro años de hostilidades; además de que, lo poco que se sacaba de las fuentes comunes de que derivan los recursos, no bastaba ni con mucho para las exigencias de los que con las armas en la mano recorrian el pais. Lo más señalado en aquella época, dentro de sus muros, fué lo continuo de las exacciones arbitrarias á los vecinos españoles, llevadas á cabo por Torguez, representante de la autoridad de Artigas. Y felices muchos de los mismos españoles, si á eso se hubiese ceñido el efecto de la saña desplegada por aquel feroz militar contra ellos. No pocos pagaron con la vida el ódio que le inspiraban, y dichoso el que escapaba al inhumano *suplicio de los cuceros* en el *Hervidero*. Es verdad que, pasados aquellos primeros momentos de irritacion, no presenció la Banda Oriental aquellas escenas de que la mayor parte de la América española ha sido testigo, y en que fueron víctimas muchísimos peninsulares.

Desnudo por completo de organizacion aquel pais, y por consiguiente, nulo el verdadero principio de autoridad á que se prestaba grandemente la falta de poblacion, eran infinitos los desmanes, sobre todo en las extremidades del territorio. De esos desmanes, cuya mayor parte es seguro que no llegaban á conocimiento de los jefes orientales por hallarse éstos en las inmediaciones del Plata y del Uruguay; de cuyo lado les llamaba el estado de las cosas públicas, era uno de los principales teatros la frontera con el Brasil.

Artigas, que se habia dado el doble título de «jefe de los orientales y protector de los pueblos libres,» mantuvo, salvo breves intervalos, continua hostilidad contra el gobierno de Buenos-Aires, llegando á dominar, no sólo la Banda Oriental, si que tambien las provincias de Entre-Rios y Corrientes. Hubo un momento en que lo puso en grande aprieto, pues atravesando con sus colecticias fuerzas el Paraná, y dueño de la poblacion de Santa Fe, marchó sobre Buenos-Aires, derrotó á las que á su encuentro habian ido, de las cuales se le pasó una gran parte, y hubiese entrado en aquella capital, si el nuevo poder levantado por la revolucion que derribó al director don Cárlos Alvear no hubiera capitulado con él, concediéndole todo lo que queria, y mandando quemar solemnemente todos los documentos que en contra suya habianse publicado, apellidándolo al propio tiempo «jefe ilustre y benemérito de la libertad,» y hasta entregándole las personas que más enemigas se le habian mostrado, para que dispusiese de sus vidas, concesion esta última que rechazó con nobleza (1815).

A pesar de este humillante pacto para el gobierno de Buenos-Aires, no tardaron en reaparecer las hostilidades, que si bien tuvieron otro momento de tregua, encendiéronse de nuevo cuando ya pisaba la Banda Oriental el ejército invasor portugués.

Artigas, estrechado por los de Buenos-Aires y por los invasores, vióse constreñido á refugiarse en el Paraguay con pocos de los suyos. Retenido como prisionero por el dictador Francia, acabó allí sus dias, que se prolongaron hasta bien pasados ochenta años de edad.

Cansado de ello el gobierno de don Juan VI, aunque sin tomar en cuenta la impotencia de la autoridad del pais para impedirlos, dirigió á ésta repetidas y fuertes reclamaciones, que sin resultado, como de esperar era, decidiéronle á tomar justicia por su mano. Y organizando en la provincia de Rio Grande una expedicion de unos cuantos miles de soldados, púsola á cargo del general don Cárlos Federico Lecor, que invadiendo por aquella parte el territorio oriental, al cabo de meses de refriegas con las fuerzas orientales, las cuales, á causa de su mala organizacion y de su inadecuado armamento, sólo pudieron hacer gala de valor personal, entró en Montevideo á fines de Enero de 1817.

Con el establecimiento del ejército invasor en la ciudad, entró ésta en órden y comenzó á gozar de tranquilidad, siendo no pocos de sus habitantes los que, llevados del sosiego y seguridad de que disfrutaba, emprendieron mejorar sus fincas ó levantar otras nuevas. Los hábitos de órden y una policía regular, mejoraron tambien el ornato y aspecto de la poblacion.

Un intervalo de desasosiego, que duró no pocos meses, experimentó Montevideo cuando á su recinto llegaron noticias de la revolucion del Brasil. Porque componiéndose el ejército de ocupacion de jefes, oficiales y soldados portugueses y brasileños, los de aquella nacionalidad, que sí bien los ménos, eran los mejores como militares, resistieron reconocer el nuevo órden de cosas proclamado en Rio Janeiro y extendido por casi todo el Brasil. Con lo que, poniéndose de frente unos y otros, se hostilizaron, hasta que al fin llegaron á un acuerdo, por el cual los portugueses, bajo condiciones á éstos favorables, se embarcaron para su pais.

Solos ya en Montevideo los brasileños, y proclamada como imperio la independencia del Brasil, fué declarada provincia suya, con el nombre de *Cisplatina*, la Banda Oriental, sin que á estorbarlo fuesen bastante las protestas del gobierno de la República Argentina, imposibilitada como ésta se hallaba por su situacion interior de manifestar de otra suerte el grandísimo desagrado con que veia la anexion.

Mas si bien el pais, y sobre todo Montevideo, experimentaban los beneficios materiales de un órden de cosas tranquilo, y sin embargo de que no pocos de los habitantes, bien avenidos con el nuevo dominio y hasta halagados por el gobierno del Brasil y por sus representantes en el pais, deseasen que ese dominio se cimentase, alimentálase en la gran masa de los orientales el deseo, cada vez más exigente, de libertarse de una dominacion la más antipática que caberles podia, tanto por lo que lo era para la generalidad el carácter de los dominadores, como por las tradiciones desde el origen de la colonizacion de las márgenes del Plata, y de lo que obedecido habia hasta entónces á la corona de Portugal.

Y como el terreno estuviese bien preparado para que no sólo lograse pronta germinacion, sino robusto crecimiento, la semilla de independencia, bastó que treinta y tres hijos del pais, procedentes de la orilla opuesta, pisasen la de la Banda Oriental el dia 19 de Abril de 1825, para que toda aquella tierra se levantase contra los que la dominaban; contribuyendo y dando ejemplo para ello la deflección del jefe oriental, don Fructuoso Rivera, que desempeñando el cargo de comandante general de la campaña por el gobierno brasileño, fué sorprendido y hecho prisionero por los que desembarcado habian, á poco de haberlo verificado; uniéndose en seguida á ellos voluntariamente, y siendo en adelante uno de los que más, si no el primero, en llevar á buen fin la empresa de emancipacion. Y como el gobierno argentino, luégo de tomado bastante cuerpo la revolucion de la Banda Oriental, uniese sus tropas á las del pais, llegó aquella á cobrar la solidez necesaria para que, no obstante los mayores y mejor organizados elementos de los dominadores, perdiesen éstos por completo la partida.

Se continuará.

MIGUEL LOBO.

EN EL MAR.

EL RECUERDO DE MI MADRE.

Léjos estoy del mundo,
aislado en esta roca:
que es tan puro mi anhelo
y mi pena tan honda,
que el vano ruido de los hombres huyo
por el rumor solemne de las olas.

—

Mientras le escucho, creo
que una voz amorosa,
entre suspiros tristes,
dulcemente me nombra;
y esa voz es su voz, y los suspiros,
suspiros son que de sus labios brotan.

—

Cuando, en el horizonte,
las tintas melancólicas
son misterioso anuncio
de las nocturnas horas,
su imágen me sonrie y me promete
dichas que en esta vida no se logran.

—

Reflejando en su rostro
su beatitud gloriosa,
«¡me voy!» me dijo el dia
de su mortal congoja;
y mostraban sus ojos una lágrima,
y una sonrisa celestial su boca.

—

Sonriendo, anunciábame
su tránsito á la gloria;
y á un tiempo me decia
su lágrima preciosa,
que al tornar á la patria, me dejaba
del mísero destierro entre las sombras.

—

¡Oh! sí, quiero estar solo,
aislado en esta roca,
donde oigo sus suspiros
y su voz que me nombra;
donde su pura imágen me promete
dichas que en esta vida no se logran.

EDUARDO BUSTILLO.

Agosto de 1871.

LOS VIERNES EN PALACIO.

Un dia en cada semana, los viernes, dedican, segun es sabido, nuestros reyes á recibir en los suntuosos salones del alcázar de la plaza de Oriente á los personajes más señalados en las diferentes esferas que abraza la vida pública.

Siempre han tenido fama de espléndidos y de galantes los monarcas españoles; y el augusto fundador en nuestra patria de la dinastía de Saboya, tiene muy presente sin duda alguna que Madrid es la antigua corte de Felipe IV y de Cárlos III.

Por lo regular, á las siete empieza la comida, durante la cual reina una cordialidad discretísima y afectuosa, que no está reñida con el respeto que al monarca se debe.

En la celebrada el viernes último, 12 del corriente, los convidados guardaban en la mesa el órden siguiente:

A la derecha del rey estaban la señora duquesa de Fernan-Nuñez, el duque de Veragua, señora de Ulloa, el jefe del cuarto militar, el conde de Villaseñor, el marqués de Dragonetti, el jefe de parada y un mayordomo de semana; y á la izquierda la señora duquesa de Veragua, conde de Paredes de Nava, señora de Moret, mayordomo mayor, señor Lasala (don Fermin), vizconde del Cerro, jefe de carrera y un ayudante de órdenes.

A la derecha de la reina, el duque de Fernan-Nuñez, señora de Gándara, marqués de Aguilar de Campóo, dama de honor, ex-ministro de Hacienda señor Moret, conde de Almina, un ayudante de campo, capitan de la guardia exterior y un mayordomo de semana; y á la izquierda, el marqués de Zornoza, marquesa de Ulagares, Ulloa (don Augusto), señora de Claves, marqués de Valle-umbroso, Falcó (don Alberto), marqués de Ulagares, un capitan de la guardia real y un ayudante de órdenes.

Cuando termina el régio banquete, los reyes, seguidos por sus convidados, pasan á otra sala, inmediata al comedor, donde se sirve el café, y en seguida se dirigen, por lo regular, al salon llamado del Divan, en el cual esperan ya las demás personas invitadas á la recepcion.

Esta es sencilla y afectuosa, sin exagerada etiqueta, y suele prolongarse hasta la una de la madrugada, en cuya hora se retiran las augustas personas á sus habitaciones particulares, y los convidados á sus respectivas casas.

En la última de estas deliciosas *soirées*, S. M. la reina vestia un elegantísimo traje de color de naranja, con sobrefalda blanca guarnecida de encajes y cogida á pabellones.

Tambien las hermosas damas que asistieron á la régia fiesta lucian ricos trajes y prendidos de exquisito gusto.

En la pág. 37 hallarán nuestros suscritores un correcto dibujo debido al lápiz del conocido artista señor Miranda, representando una de estas brillantes recepciones.

Y hacemos aquí punto, porque son varios los grabados que tenemos preparados relativos á las *soirées* en palacio, y tal vez habremos de ocuparnos nuevamente de este asunto en el número próximo.

LA NIEVE EN PARÍS.

Si en Madrid hemos disfrutado hasta ahora, en el presente invierno, de una temperatura bastante benigna, no pueden decir lo mismo los habitantes de otras capitales de Europa.

Sin citar á San Petersburgo, donde los frios han sido horribles y lo son todavia; ni á Stokolmo, cuya extensa y árida campiña permanece cubierta con blanca sábana de nieve desde los primeros dias de Noviembre; ni á Berlin, cuyos habitantes no recuerdan otro invierno más rigoroso, en lo que va de siglo, que el actual, bastará decir que en la capital de Francia el termómetro ha señalado, en algunos dias del pasado Diciembre,—21º,5 centígrados, llegando á —23º en campo raso y al aire libre.

Para encontrar otra temperatura semejante en los anales meteorológicos de la gran ciudad, es necesario acudir á las observaciones hechas en el año 1788.

Hé aquí la lista oficial de los frios más intensos en París desde hace un siglo:

29 de Enero, 1776	— 19º,1
30 de Diciembre, 1783	— 19º,1
31 de Diciembre, 1788	— 21º,8
11 de Febrero, 1816	— 17º,7
20 de Enero, 1838	— 19º,0
9 de Diciembre, 1871	— 21º,5

Cayó la nieve en abundancia durante la primera quincena del mes próximo pasado, y endureciióse de tal manera á consecuencia de la baja temperatura que reinaba en las noches, que era completamente imposible transitar por las calles en carruaje, y muy difícil recorrer una larga distancia sin experimentar alguna caida peligrosa.

En el dia 12 de Diciembre, los dependientes del municipio parisiense dieron auxilio á 113 heridos por caidas en las vias públicas, y se perdió la cuenta del número de carruajes y áun de caballos que fracasaron por completo.

En el boulevard Magenta, en la calle del Faubourg-Saint-Denis, en la de Paradis-Poissonière, en el boulevard Pereire, en el puente de la Estacada, y en otros muchos sitios céntricos, fueron innumerables los accidentes ocurridos por el hielo.

Las compañías de caminos de hierro suspendieron sus viajes á los departamentos, y el ferro-carril de cintura los trenes; la circulacion de los *omnibus* quedó interrumpida en varios sitios, del mismo modo que el servicio de los vetustos *fiacres* y los de camionaje y trasporte.

Los depósitos de agua, lo mismo los pequeños lagos del Bosque de Bolonia que las aguas del canal de San Martin y del sosegado Sena, estuvieron en perfecto estado de congelacion por espacio de varios dias, y en tanto la nieve continuaba cayendo con desusada abundancia.

A conmemorar estos hechos, no repetidos desde 1788, y totalmente desconocidos por las generaciones presentes, está dedicado el bello dibujo, lápiz del señor Urrabieta, de la pág. 44, tomado de un exacto cróquis del natural.

Representa el Sena helado y medio oculto debajo de una gruesa capa de nieve, del mismo modo que los alrededores del sitio donde ha sido tomado el cróquis.

UN CRUCIFIJO DE MURILLO.

Copia es de un magnífico lienzo del más inspirado de nuestros pintores del siglo XVII, el bello grabado de la página 45.

Un digno compatriota nuestro, don Francisco Javier Brabo, que ha vivido largos años en las repúblicas de la Plata, teniendo su residencia ordinaria en la capital de la Argentina, donde ha formado una gran familia que educa con esmero, á los treinta dias de su residencia en esta corte ha coleccionado una rica *Galería* de veintitantos cuadros de los autores más distinguidos.

A ella pertenece el crucifijo citado, lienzo de regulares dimensiones, que es de una verdad admirable: el colorido, expresion, dibujo y cuanto se nota en las obras maestras de Murillo, ese genio del arte, reune el referido cuadro, cuya adquisicion nos consta que le ha sido costosa al señor Brabo, quien no reparó en su subido costo, por enviar un trabajo del rey de los pintores antiguos de España, á la patria de sus hijos.

En el número próximo de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA reproduciremos un precioso Jordana que representa á San Nicolás de Bari; pero es de sentir la prisa con que el señor Brabo envió sus cuadros á Buenos-Aires, pues sin esta circunstancia, hubiéramos reproducido en nuestras páginas dos de Angelus Nardi: *La Caridad*, de Guido Rene; uno de Carducci; un magnífico Cristo, de Villoldo; un Basano de primer órden; la célebre *Concepcion*, de Pereda; un exquisito cuadro de Burdusan; un pequeño Tenier, y un delicado retrato de Gutemberg; cuadros todos que pertenecen á dicha *Galería*.

De hoy en más, debe felicitarse la culta ciudad de Buenos-Aires por esas obras artísticas de mérito tan encumbrado, y es digno tambien de sinceros plácemes el opulento capitalista don Francisco Javier Brabo, que ha adquirido la preciosa *Galería* mencionada.

TIPOS PORTUGUESES.—El vendedor de husos y ruecas.

TIPOS PORTUGUESES.

EL VENDEDOR DE HUSOS Y RUECAS.

Así como los individuos se diferencian por las facciones, tambien los países se distinguen por los tipos de cada uno.

Nadie, en verdad, que conozca nuestra historia confundirá la individualidad de Felipe II con la de Cárlos III, y nadie tampoco dirá, por ejemplo, que los *zaragüelles* de Valencia ó los *dengues* de las asturianas son prendas características del pintoresco traje de los bretones ó de los harapos mugrientos de los saboyanos, ni una *cocotte* de los boulevards de Paris se confundirá seguramente con esas bellas morenas de Andalucía, que envuelven su cabeza en los pliegues de la graciosa mantilla española.

Pero el mundo marcha,—ha escrito un pensador profundo,—empujado por las exigencias de las sociedades modernas, y aplasta en su rápida carrera usos y costumbres, tradiciones y pueblos.

¿Dónde están ya aquellas *majas* madrileñas, cuyos retratos vemos ahora en los lienzos de don Francisco Goya? ¿Dónde aquellos *chisperos* que en época no lejana vieron aún nuestros padres en la pradera del Corregidor y en el Prado de San Jerónimo?

Tambien en Portugal han desaparecido la *mulher do capote e la* y su compañero inseparable el *mem do briche*, y apenas resuenan en las calles más solitarias de los arrabales de Lisboa y Coimbra la monótona cantinela *do rapaz de palitos e rocas*.

Al ver desaparecer los antiguos husos, al ver cómo huyen para siempre esos populares tipos que formaban, parecia, parte integrante de nuestra nacionalidad, creemos presenciar la caida de las hojas de un árbol, frondoso en otros tiempos, arrancadas por las ráfagas impetuosas de saúndos vendavales.

Unicamente los artistas y los poetas se apoderan de esas hojas, y las clavan con sus pinceles ó con sus plumas en el álbum del porvenir para ofrecerlas á la curiosidad de las futuras generaciones.

Una de ellas es el grabado de esta misma página, dibujo del distinguido pintor portugués Rafael Bordallo Pinheiro.

Hé ahí uno de esos *rapazitos*, tan bien escasos, que recorrian ántes las calles más tortuosas de las viejas ciudades portuguesas, gritando con voz cansada, pero fresca todavía y juvenil:

—¿*Quem quer palitos e rocas?*

Pero hoy las fábricas de hilados han hecho inútiles las ruecas, y también son inútiles los *palitos* desde que nuestras Penélopes se dedican á esas labores al *crochet*, que parecen dibujadas en el aire por sonrosados dedos.

Desaparecieron los *rapazes* en el torbellino del progreso.

¡Una piedra más, desprendida de las murallas de Troya!—X.

EL SEÑOR

DON AURELIO DE CÁRLOS Y HIERRO,

HA FALLECIDO

EN LA NOCHE DEL 10 DE ENERO DE 1872.

R. I. P.

Sus desconsolados padres, D. Abelardo y Doña Dolores, hermanos, hermano político, tios, sobrinos, primos y demás parientes:

Suplican á sus amigos y afectos rueguen á Dios por él, en lo que recibirán especial favor.

MADRID.—IMPRENTA DE T. FORTANET
CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29.